

EL DIONE
NOVELLA
LEONCIO V. RABAYEN

LIBRERIA
ARAMBURU
PAMPLONIA
1924

EL DIOVE
NOVELLA
LEONCIO V. RABAYEN



LIBRERIA
ARAMBURU
PAMPLONA
1924

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

FE DE ERRATAS

<u>PÁG.</u>	<u>LÍNEA</u>	<u>DICE</u>	<u>DEBE DECIR</u>
33	19	<i>la plaza</i>	<i>le plaza</i>
37	17	<i>creímos</i>	<i>crelamos</i>
92	18	<i>veinticinco</i>	<i>veinticuatro</i>
101	7	<i>lloraisteis</i>	<i>llorasteis</i>
102	9	<i>Garvanie</i>	<i>Gavarnie</i>
118	22	<i>scoial</i>	<i>social</i>

El Dique

CAPÍTULO I

LA NOTICIA



orbaleda, el encargado de recibir la información extranjera, entró como alocado en la sala de la Redacción.

—¡Esto sí que es una bomba!—dijo.

—¿Pero qué pasa?—preguntó Verdaguer, el redactor-jefe.

—Casi nada—repuso Corbaleda—. O se trata de algo catastrófico o todo queda reducido a una inconmensurable “bola”. Aún no me he dado cuenta exactamente de lo que acabo de oír—terminó, lanzando un enorme suspiro.

Todos los redactores se habían ya acercado a Corbaleda, el cual miraba, como asustado, las cuartillas donde acababa de tomar las notas de la conferencia con París.

—Vamos, suelte usted ya eso—dijo Verdaguer.

Corbaleda, un poco más repuesto, comenzó a ordenar las cuartillas, y con la mirada un poco perdida:

—Aseguraría que en el puesto de transmisión de la Agencia las cosas marchaban como si se hubieran desbocado. El receptor me dejaba oír voces acaloradas y que protestaban: “¡Eso no puede ser! ¡Quieren acabar con nosotros!” Y ruido de pasos precipitados, gritos, órdenes y un barullo que no me ha dejado entender la noticia con claridad.

—Bueno, bueno—añadió Verdaguer—. Pero veamos ya el notición y no nos haga usted perder más tiempo, que hay mucho original por colocar aún.

—Pues ya puede usted hacer sitio, mucho sitio para esto—repuso Corbaleda.

—A ver, habla ya y déjate de preámbulos—saltó García, el encargado de la sección de sucesos.

—Prepararse, compañeros—. Y Corbaleda se enderezó y, ahuecando la voz, añadió—: Por el servicio de informaciones del ministerio de Estado parece que se ha sabido que los Estados Unidos de América, obedeciendo a motivos que se desconocen aún, han acordado construir un dique gigantesco que unirá la isla de Cuba con la península de la Florida.

—¿Y no es más que eso?—dijo, desencantado, Rubiños, otro de los redactores—. Para Estados Unidos y aun para algunos otros países la cosa tiene

importancia relativa. No creo que en eso haya más dificultades serias que en la canalización del río Congo, el túnel de la Mancha o el puente sobre el Estrecho de Gibraltar, sin contar con el aprovechamiento industrial de los grandes lagos de Norteamérica, a los cuales debemos nosotros mismos parte de las comodidades de que disfrutamos.

—¡Ah, jóvenes, jóvenes!—replicó Corbaleda, mirando a Rubiños entre alegre y compasivo—. Siempre habéis de ser ligeros como el humo. ¿No comprendes que si las cosas quedaran ahí no se habría producido en la Agencia el revuelo que me ha impedido apreciar bien todos los detalles de la noticia?

—Bueno, pues habla de una vez—contestó, algo amoscado, Rubiños.

—La información añade—continuó Corbaleda—(y ya aquí me ha sido muy difícil percibir claramente lo que me transmitían) que los Estados Unidos persiguen un fin que amenaza la vida de Europa. Ya no he podido entender más que palabras sueltas... Gulf Stream... desviar... Europa más frío...

—A ver, a ver esas notas—interrumpió Verdaguer, alarmado e inquieto.

—Ahí van—dijo Corbaleda, entregándoselas—. Pero creo que no sacará usted mucha más luz que la que yo les doy, porque en la estación transmisora de la Agencia parece que andan todos de cabeza.

Verdaguer, sin hacer caso a Corbaleda, hojeaba

las notas y trataba de coordinar las palabras sueltas escritas rápidamente.

Todos los redactores se miraban, sorprendidos y ansiosos. Rubiños decía:

—Pues yo sigo sosteniendo que, como posible, es posible la cosa. Los hombres han corrido tanto en el pasado siglo XX, que lo que hubiera parecido una utopía en 1920 es sólo cuestión de estudio en 2014.

—Pero si eso no es lo que hace al caso—le atajó un compañero—. Aquí lo importante es saber para qué quieren construir ese dique. Y eso es lo que precisamente en la información de Corbaleda no se aprecia bien.

—¡Bah!—contestó Rubiños alzando los hombros.—A lo mejor querrán hacer un paseo sobre el mar desde la Florida a Cuba. Me voy a trabajar.

—Creo que tiene razón Corbaleda—dijo, por fin, Verdaguer—. O esto es un enorme canard o presiento un peligro cuya magnitud no se me alcanza bien.

—Yo me inclino a lo segundo—repuso Corbaleda—porque si no, no se explica el trastorno que yo noté en la Agencia mientras conferenciaba.

—Sí, es verdad—murmuró, pensativo, Verdaguer. Y de pronto, como volviendo de muy lejos, añadió en voz alta—: Que baje un chico a los talleres... pero no; mejor será...—Cogió el aparato telefónico y llamó—: ¡Urrutia! Suba usted en seguida a estar conmigo.

* * *

Al anochecer, los vendedores de periódicos de la gran ciudad llevaban hasta los puntos más alejados una noticia sensacional. Ya para entonces todas las familias un poco acomodadas tenían conocimiento de ella por sus estaciones radiotelefónicas. En casi todas las casas había por lo menos una que recibía cada hora las emisiones de los grandes puestos de Berna, Tokio y Nueva York. Cuantos sucesos notables ocurrían en el mundo eran así conocidos inmediatamente. Lo mismo se hacía con las producciones artísticas, que se transmitían íntegramente o en sus partes principales. Las obras musicales se interpretaban en las estaciones transmisoras y llegaban así, por la telefonía sin hilos, a todo el mundo. En cuanto a las creaciones pictóricas, escultóricas y arquitectónicas, se enviaban por el éter magníficas reproducciones fotográficas de las mismas, que eran acompañadas por estudios debidos a críticos de primer orden. cuyas ideas se traducían en los puestos transmisores a todas las lenguas más corrientes. En la misma forma se procedía con los descubrimientos científicos y las obras literarias.

La Prensa, reducido así su círculo de acción, estaba destinada a hacer una labor semejante entre las clases menos pudientes, cuyos medios no eran

suficientes para pagarse una estación radiotelefónica receptora.

—¡“El Crepúsculo”! ¡Que viene bueno! ¡La amenaza de los yanquis!—gritaban los vendedores.

El gran diario traía en su primera plana, con enormes titulares que ocupaban toda su anchura, estas palabras: “Los Estados Unidos amenazan la vida de Europa.” Y a continuación, aunque con pocos detalles todavía, la noticia de la construcción del gran dique entre la Florida y Cuba y la indicación de que con ello parece que se proponían desviar la formidable corriente del Golfo de Méjico, el Gulf Stream. Seguían unas ligeras consideraciones sobre la trascendencia de esa desviación para Europa cuyo clima habría de cambiar considerablemente y se preguntaba, por último, qué objetivo podrían perseguir los Estados Unidos al acometer semejante intento.

En un café, un albañil preguntaba a un compañero suyo:

—Oye, tú. ¿Qué opinas de esto?

—Pues que tendremos que sacar la ropa de invierno antes de tiempo.

—Mira, chico; a mí me parece que las cosas no pararían ahí. ¿Para qué querrán los yanquis hacer ese dique? Yo, según aprendí en la escuela, sé que esa corriente es de agua caliente y no me explico qué quieren hacer con ella.

—Pues, hombre, abastecer a poco coste todos los

cuartos de baño de los Estados Unidos, mira éste.

—¡Bah, bah! Déjate de chirigotas. Aquí debe de haber algo, porque en la obra he oído yo que hablaban el amo y el arquitecto, y éste le decía que se nos haría la vida imposible.

—Bueno, tómate el café, que se te está quedando frío, se conoce que sólo de oír que se van a llevar esa corriente.

Ya entre la gente más culta los comentarios eran de otro género, aunque el tono no variaba gran cosa.

Sobre todo, en el Ateneo se notaba una agitación desusada. Las secciones de Geografía y de Economía política estaban reunidas y en ellas se deliberaba sobre las consecuencias del proyecto concebido por los Estados Unidos. No faltaban escépticos que tomaban a broma la noticia; pero eran más los que le prestaban entero crédito y poco a poco hasta los más reacios se iban dando. La estación radiotelefónica del Ateneo recibía cada hora mayores afirmaciones de la veracidad de los propósitos yanquis.

El presidente de la sección de Geografía había planteado la cuestión en estos términos:

De ser cierta la idea que se atribuye a los Estados Unidos de América, ¿qué efectos resultarían para Europa?

El profesor Alvarado decía:

—Es indudable que, de producirse una desviación en el rumbo del Gulf Stream, Europa quedaría afec-

tada profundamente en su régimen climatológico. No sólo la temperatura de España, Francia, Inglaterra y Noruega descenderían, sino que también, por rechazo, las de los países centrales sufrirían un descenso análogo. Pero éste sería un leve trastorno comparado con el que tendría lugar en el régimen de lluvias. Europa, como todos saben, está sometida en su zona occidental y en parte de la central a la influencia atlántica en cuanto a las precipitaciones atmosféricas. En ello pesa mucho la corriente cálida del Golfo de Méjico y yo creo que, al ser desviada esta corriente, Europa padecería el régimen seco de las estepas del Asia central en una extensión mucho mayor. Es decir, que es como si Rusia avanzara considerablemente hacia Occidente. Las consecuencias de este hecho para la vida de los países afectados por él son fáciles de prever.

Sanz, un joven agregado de embajada, le interrumpió:

—Yo tengo mis dudas sobre la posibilidad de construir ese dique sobre el Estrecho de la Florida. Me parece que allí hay profundidades que harían muy difícil esa obra.

—Ciertamente—repuso Garraleta, ingeniero de Caminos—. Las dificultades serán grandes, pero no insuperables. Sabido es que la canalización del río Congo y su unión con el Zambeza a través de los lagos Nyassa y Tangañica, que se ha realizado hace

diez años, en 2004, ha exigido grandes esfuerzos. Hoy, sin embargo, con las máquinas que poseemos, son posibles esas y otras cosas, y esto ha permitido que entren en producción intensa países que hace un siglo eran apenas conocidos.

Goiburu, el secretario de la sección, intervino:

—Lo que yo no veo claro es cómo se van a arreglar los norteamericanos para desviar el Gulf Stream y hacia dónde lo van a echar.

—Naturalmente—dijeron unos cuantos—. Las estaciones no han transmitido aún detalles de cómo y para qué quieren los Estados Unidos hacer eso.

—Es que—replicó Goiburu—aun cuando tuviéramos esos detalles, yo no acierto a ver qué pasaría una vez construido el dique.

—Pues que se mataría al Gulf Stream—contestó una voz.

—Al Gulf Stream, sí. Pero no a la corriente cálida que baña a Europa y que es una continuación de la corriente ecuatorial del Norte, a la que se une la que sale del Golfo de Méjico.

—Goiburu está en lo cierto—dijo entonces Alvarado—. La corriente que llega a Europa no dejaría de circular por eso. ¿Pero en qué sentido influiría el dique en esa corriente tan beneficiosa para nosotros? ¿Perdería en fuerza y no llegaría apenas a estas tierras? De ser así, lo que el Gulf Stream disminuiría aumentaría la corriente del Labrador, masa de

agua fría que baja por el Estrecho de Davis, entre la tierra de Baffin y la Groenlandia. Y en este caso, *delenda est Europa*. Las predicciones que he anunciado antes se cumplirían y tendríamos que emigrar en masa.

—Pero—insinuó Goiburu—lo que veo yo es que con la construcción de ese dique no se alteran las causas productoras del Gulf Stream. O lo que es lo mismo: que con dique o sin él, la temperatura y los vientos, que son las causas principales de las corrientes marinas, seguirán actuando como antes.

—Pero esa es una cuestión que habrán estudiado bien los norteamericanos antes de meterse en tal aventura—objetó Alvarado.

—No sé. Yo no acabo de comprender—insistió Goiburu—cómo los Estados Unidos van a dirigir a su voluntad masas tan enormes de agua.

—El hecho es—repuso Alvarado—que parecen determinados a la construcción del dique. Y ellos deben de saber más que nosotros sobre el asunto cuando se han decidido a hacer un esfuerzo semejante.

En la sección de Economía política la cuestión se había enfocado desde otro punto de vista.

¿Cuáles serían las repercusiones económicas que la desviación del Gulf Stream traería consigo sobre los países europeos? Así se había planteado el debate.

En aquel momento, un empleado del Ateneo traía

de la estación radiotelefónica la noticia de que los Estados Unidos acababan de hacer saber al mundo que ellos no se proponían atentar contra la vida de ningún país, sino solamente mejorar las condiciones geográficas de su suelo.

La noticia fué acogida burlonamente por algunos, mientras la mayoría protestaban, llenos de indignación.

—Eso es como si uno—vociferaba un socio—pisara un callo a otro y le dijera, para excusarse: “Ya ve usted; tengo los pies algo delicados y necesito pisar en sitio lo más blando posible para no hacerme daño.”

—Sí, hombre—argüía otro—. Amemos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo contra una esquina.

—Vamos, cálmense ustedes—dijo el presidente de la sección—. Lo que procede es que examinemos, a falta de una información detallada sobre el proyecto yanqui, cómo nuestro país y otros europeos resultarían afectados por la ejecución de la idea norteamericana. Supongamos, poniéndonos en el peor de los casos, que Estados Unidos, con la construcción del enorme dique que proyecta, logra atraer hacia sus costas orientales la corriente ecuatorial del Norte. Porque debo llamar la atención sobre el hecho de que, a consecuencia, sin duda ninguna, de la confusión producida por una noticia tan importante, se viene hablando hoy, 28 de junio de 2014, de la des-

viación del Gulf Stream. Esto no tiene sentido si realmente los Estados Unidos pretenden construir el dique entre la Florida y Cuba, puesto que entonces la corriente del Golfo de Méjico desaparece o se busca otra salida que no interesa para el estudio que vamos a hacer. No. Lo que procede determinar es, puestos en lo peor, si la construcción del dique, al atraer la corriente ecuatorial del Norte hacia los Estados Unidos y echarnos encima a cambio la corriente fría del Labrador, influiría en la vida de España y otros países europeos y a qué grado llegaría esa influencia.

—En tal caso—dijo Idiáquez, un abogado de nota—no es difícil predecir un enorme trastorno en nuestra vida entera. Por de pronto, al bajar la temperatura de los países afectados directamente por la corriente cálida que nos llega de las Antillas y la de los más interiores a donde alcanza su influencia, el límite de los cultivos más interesantes descendería considerablemente. El trigo y la viña perderían una extensión importantísima y lo mismo pasaría con todos los cereales en general. Dominarían la hierba y el árbol, pero no en las especies actuales sino en otras más propias para resistir los inviernos más fríos y los veranos más cálidos y secos que se nos echarían encima. No sería posible criar ganado en la forma intensiva en que lo hacemos ahora y todo ello ocasionaría un cambio tan brusco en nuestros

modos de vivir que muchos de los habitantes de Europa, asediados por la repentina pobreza del suelo, se verían forzados a emigrar a regiones del globo más clementes.

—Pues sí que es una perspectiva agradable—interrumpió un socio.

—Naturalmente—continuó Idiáquez—, al depauperarse el suelo, la insuficiencia de éste repercutiría en la industria cuyas primeras materias en mucha parte habría que buscarlas fuera de Europa. Y el mismo comercio, en el aspecto fundamental de las comunicaciones, sufriría hondamente a consecuencia del clima, que haría más costosas las obras de entretenimiento y apertura de vías. A estos males habría que agregar otros de orden un poco diferente: los referentes a la mayor aspereza de los modos de vivir. Ni nos sería ya posible gozar de tantos maravillosos días como hasta ahora, ni podríamos echarnos a la calle ni vivir en nuestras casas sino con una protección mucho mayor contra los fríos habituales.

—Pero tales cosas había de producir la supresión del Gulf Stream?—dijo el mismo interruptor de antes.

—Sí, es de temer—contestó el presidente—. Pero ruego a los señores presentes que no interrumpan al que habla.

—Decía—siguió Idiáquez—que el descenso de la temperatura haría más difícil nuestra vida. Y esto

en ocasión en que, como todos ustedes saben, las minas europeas de carbón están a punto de agotarse y los problemas del aprovechamiento de la fuerza solar y de la de las mareas no están resueltos del todo. Me dirán ustedes que en esto no hay problema porque aunque no poseamos yacimientos de petróleo ni grandes saltos de agua, Asia y América vendrán en nuestra ayuda. Es posible; pero observen ustedes que la mayor parte de los yacimientos petrolíferos de la Tierra están en manos de los norteamericanos y que la energía eléctrica que con tal abundancia recibimos procede, en gran parte, de los grandes lagos de los Estados Unidos cuyo aprovechamiento industrial es una de las obras que honran a los yanquis. Y les llamo la atención sobre estos hechos porque simplemente de su enunciación parece brotar con claridad una intención que yo no sé si será fundada, pero que, dada la actitud mental en que los norteamericanos parecen colocados hace unos cuantos años con respecto a Europa, puede muy verosímilmente atribuírseles: la de hacer de los Estados Unidos el centro del mundo, agarrotando hasta ahogarlos, si fuera preciso, a los pueblos centrales y occidentales de Europa.

Con viva atención escucharon los reunidos el discurso de Idiáquez. Y cuando, ya al final, empezó a esbozar la posible intención que envolviera el gigantesco proyecto, un silencio profundo se produjo en

la concurrencia. Mas cuando terminó, como si la emoción hubiera estado represada, se desbordó de pronto en una confusa vocería de indignación y asombro.

—¡Idiáquez ha dado en el clavo!

—¡Pero si no puede ser!

—¡Los yanquis son capaces de todo cuando miran por sí!

—¡Cría cuervos y te sacarán los ojos!—decía el de “y al prójimo contra una esquina”.

—¡Señores!—gritaba el presidente—. Un poco de calma. La idea de Idiáquez no puede pasar de ser una hipótesis, porque a las alturas del siglo XXI sería incomprensible que un pueblo culto como los Estados Unidos pudiera perseguir tan diabólico intento.

—Pero el hecho se presenta con tales síntomas—repuso Idiáquez—que la explicación que de él acabo de dar no me parece disparatada, ni mucho menos.

—¡Señores!—Al oír esta palabra se hizo de pronto un gran silencio. Acababa de pronunciarla Acosta, un estudioso de gran autoridad entre la gente docta del Ateneo. Todos se dispusieron a escuchar religiosamente.

—¡Señores! En lo expuesto por Idiáquez hay por lo menos una visión de conjunto y un intento de explicación que parece conformarse bastante bien con la realidad de las cosas. Y la empresa de los yanquis se nos aparece con tales caracteres de grandiosidad

que bien vale la pena, aun considerándola sólo como un intento, de que nos detengamos a examinarla en todos sus aspectos. No creo que sea una novedad para nadie el altísimo grado de potencia a que han llegado los Estados Unidos de América. Sus doscientos millones de habitantes, su desarrollo industrial y comercial, el grado de comodidad que ha alcanzado su vida con los refinamientos espirituales consiguientes y en una palabra, su poderío inmenso, son otros tantos factores que han contribuído a formar en cada uno de los ciudadanos norteamericanos una corriente de ideas cuyo volumen principal lo da el orgullo. Un orgullo sin piedad, un sentimiento de superioridad indiscutible, con los consiguientes efectos de desprecio por todo lo que no sea yanqui y de falta de escrúpulos para realizar cualquier empresa donde ellos pudieran salir beneficiados.

—Es cierto. Yo lo he podido comprobar personalmente—repuso un socio.

—Señores, hagan el favor...—dijo amablemente el presidente.

Acosta continuó:

—Sumen ustedes a esta actitud mental el hecho que la explica, que puede enunciarse diciendo que durante el pasado siglo XX la Humanidad ha realizado verdaderas maravillas en la conquista de la Tierra, gracias a los progresos físicos y químicos que se iniciaron en el ya lejano siglo XIX; pero, en

cambio, ha permanecido inalterable la constitución de los espíritus, de suerte que seguimos siendo egoístas, rapaces y feroces en cuanto se ventila un interés o una comodidad. Bien es verdad que nosotros, los europeos, podemos tener la conciencia un poco más tranquila a este respecto porque, aunque en escala bastante reducida, hemos realizado algo de lo que algunos escritores de principios del siglo XX recomendaban en sus obras y hemos procurado redimir a los hombres multiplicando las escuelas y enseñando en ellas el amor y no el odio.

El local de la sección de Economía política del Ateneo había ido llenándose rápidamente al correrse la noticia de que Acosta, cuya voz se oía siempre con gran respeto, estaba dando su opinión. El presidente, dándose cuenta de la trascendencia del discurso que se estaba pronunciando, había ordenado que la estación transmisora del Ateneo recogiera las palabras de Acosta para hacerlas llegar a todo el mundo y en aquel momento multitud de estaciones radiotelefónicas receptoras iban dando a conocer por todas partes el discurso de Acosta.

—Pero así como Europa siguió este camino—añadió Acosta—los Estados Unidos de América creyeron encontrar su norte en otra obra del siglo XX: “La decadencia de Occidente”, de Spengler. Tomándola al pie de la letra, creyeron con fe ciega en un destino providencial que les designaba a ellos para continuar

la historia de la civilización. Dieron por terminada la cultura (así la llamaba Spengler) occidental y sus educadores y escritores empezaron a propagar la doctrina de que la décima cultura (Spengler admitía nueve cuando escribió su obra, hacia 1914) del mundo había de ser la norteamericana. Esta idea, que satisfacía tan bien el sentimiento de orgullo de los norteamericanos, arraigó profundamente en toda su República, y hoy puede afirmarse que los Estados Unidos de América miran a Europa como a un pueblo viejo y gastado de quien el mundo no puede ya esperar nada. La explicación de Idiáquez encaja bien, por consiguiente, en la actitud mental que caracteriza ahora a los norteamericanos. Pero nosotros, europeos, no podemos dar por buena la opinión de los yanquis sobre Europa.

—¡Y tanto!—contestó una voz.

—Se enorgullecen ellos del enorme desarrollo de su técnica que les ha permitido realizar obras, es cierto, colosales. Pero aun en este terreno, no podemos nosotros aducir pruebas de nuestro vigor realmente juvenil? Ahí están el gran canal que une el Báltico con el Mar Negro y el que desde este último mar entra en el Atlántico por Burdeos. Y sobre todo, ahí está la creación del gran mar del Sahara, que ha aumentado la productividad de la tierra en una octava parte y que ha modificado (bueno es tenerlo en cuenta) el clima de los países europeos meridionales

y occidentales, haciéndolo más húmedo y fresco.

Millones de personas estaban escuchando la exposición de Acosta. Sin embargo, ni el más pequeño ruido se oía. Todos parecían estar como sobrecogidos ante la magnitud imponente de las fuerzas en oposición y cuyos músculos y tendones iba poco a poco señalando Acosta. Este continuó:

—Pero la creación del mar del Sahara es precisamente la que me hace pensar en la posibilidad de la explicación que antes ha dado Idiáquez. Ya he señalado la influencia ejercida en el clima europeo por el mar del Sahara. Pero ¿cuánto más intensos no serían los efectos sobre Europa de un cambio en el régimen de las corrientes marinas? Si en vez de llegar hasta sus costas la corriente ecuatorial del Norte que ahora refuerza el Gulf Stream, sólo recibiéramos la corriente fría del Labrador, las consecuencias económicas serían fatales para nuestra vida. Ya las ha indicado antes Idiáquez y así habréis podido comprender el desastroso fin que nos esperaba. Ahora bien; ¿pretenderán los yanquis que se confirmen nuestros lúgubres presentimientos? El estado de los espíritus en Norteamérica no es favorable a Europa y la consideración del inmenso daño que nos pudieran hacer no me parece que será obstáculo para que ellos lleven adelante su proyecto. Pero por otra parte, ¿será realmente ese el plan que persigan? ¿No podremos alimentar un poco de esperanza en la bondad de

los hombres? ¿Faltarán en los Estados Unidos absolutamente hombres que pongan su humanidad por encima de todas las cosas? Esas son otras tantas incógnitas que bien pronto habrán de resolverse. Entretanto es forzoso esperar en medio de esta angustia cuyas proporciones rebasan todo lo imaginable.

Cuando Acosta terminó de hablar, los ojos de todos los concurrentes reflejaban un espanto mortal. Una sensación de fin del mundo parecía haber sobrecogido los espíritus. Y en el sepulcral silencio sólo se percibía el mosconeo del aparato radiotelefónico que acababa de emitir en todas direcciones las palabras apocalípticas de Acosta y que el empleado del Ateneo se había olvidado de desconectar.

* * *

La población campesina había acogido de muy diversas maneras la noticia de la construcción del dique. Mientras unos creían que ya no se podría vivir en Europa y habían comenzado a pensar en qué parte del mundo podrían ir a establecerse, otros, con ese fatalismo sistemático de las gentes rurales, confiaban en que nada pasaría, porque las cosas del mundo eran demasiado grandes para que los hombres pudieran cambiarlas a su voluntad. Estos eran los más, porque

lo fundamental en el espíritu de los medios rurales es la resistencia a todo cambio y si éste era de la importancia del que se predecía, con mayor motivo aún.

No faltaban quienes, arrastrados por esa tendencia muy humana de dar desmesuradas proporciones a lo desconocido y de atribuir a algo misterioso todo lo inexplicado, estaban convencidos de que se aproximaba el fin del mundo porque los hombres seguían siendo muy malos. Entre estas gentes empezaron a producirse casos de pánico que al principio sólo se manifestaron por actos de carácter religioso que venían a ser como la preparación para el temido paso a la otra vida. En los templos podía siempre verse a algunas personas contritas y emocionadas hasta derramar lágrimas, que oraban y pedían al Señor las acogiera benévolamente.

Estas mismas gentes empezaron a exhortar a los otros para que, vueltos los ojos a Dios, se dispusieran a curar sus almas, dejándolas dispuestas para el gran trance final. Muchos se reían al oírles, pero algunos entraban en temor y engrosaban el número de los que empezaban a pasarse la mayor parte del día y de la noche en las iglesias.

Los maestros, los médicos y algunas otras personas cultas se esforzaban por tranquilizar a los atemorizados, inquietar a los reacios e informar de la verdad a todos. No era empresa fácil traer a mandamiento las obstinadas concepciones de los hombres

del campo, tan resistentes a admitir otras ideas que no sean las suyas. Pero poco a poco, la indiferencia de los unos y la desesperación de los otros fué resolviéndose en una actitud de intranquila curiosidad y de intenso deseo por conocer exactamente las proporciones del peligro que todos acabaron por ver claro.

Las más difíciles de reducir fueron las mujeres, cuya característica de no admitir términos medios hacía que sólo existiesen las descreídas absolutas o las creyentes fanáticas en una catástrofe total. Ellas eran las que, con sus burlas o sus gritos de desesperación, trastornaban a los hombres y les hacían vacilar en su convicción adoptada. Hasta que éstos, imponiéndose por fin, hicieron callar a las alborotadoras y los pueblos quedaron convertidos en un inmenso oído ávido de escuchar lo que pudiera saberse del gigantesco proyecto yanqui.

Entretanto, la Tierra entera vibraba en una inmensa interrogación de sus estaciones radiotelefónicas.



CAPÍTULO II

EL GULF STREAM SE APRESTA

A LA DEFENSA



nglaterra, uno de los países más amenazados por el proyecto yanqui, participaba como nadie en la conmoción producida por la noticia. El mismo día en que se conoció, las calles de Londres presentaban un aspecto desusado. Ya para entonces la enorme capital británica había perdido su carácter mixto, como el de todas las grandes poblaciones del siglo XIX, de habitación y de lugar lleno de actividades industriales y comerciales. Londres en 2014 no era ya más que un inmenso taller y una gigantesca oficina. Las habitaciones habían desaparecido del casco de la población y sus habitantes vivían en una multitud de

centros situados alrededor y a distancia de ella: Thurock, Brentwood, Epping, Waltham, Watford, Beaconsfield, Slough, Staines, Weybridge, Epsom, Dartford y otros muchos más.

En las primeras horas de la mañana multitud de líneas aéreas y de ferrocarriles y automóviles eléctricos de sencillísimo manejo conducían a los habitantes de esos pueblos a su trabajo en Londres. En el límite de éste multitud de trenes subterráneos recogían a los viajeros de las líneas exteriores y los iban dejando en los lugares más próximos a su taller o su oficina. Por las calles no se veía a nadie que fuera a pie. El carácter de las actividades de Londres y las necesidades de su tráfico exigían una gran velocidad de transporte. Así es que las vías eran utilizadas solamente por carruajes de todas clases, desde la *voiturette* hasta el tren de mercancías. Durante el día Londres era un vértigo de ruido y de movimiento. Pero desde el anochecer quedaba deshabitado y con el aspecto de una inmensa fábrica abandonada. Tan sólo delante de los edificios del Gobierno se veían algunos soldados que pasaban su guardia sentados cerca de la puerta o andando para estirar las piernas por la calzada próxima.

Pero el 28 de junio por la tarde hubo más de un conflicto en las calles porque, cosa extraordinaria, los conductores de los innumerables vehículos se veían obligados a detenerse para no atropellar a pe-

queños grupos estacionados entre los cuales se comentaba el notición que acababa de llegar de los Estados Unidos.

—Eh, tú, Morrison—decía un obrero a otro—. Has visto eso? Tendremos que marcharnos.

—Y yo por qué me he de ir? Que se vayan ellos.

—Es que nos echan, Morrison—le contestó otro.

—Ya veremos—contestó Morrison atiesándose.

—Bien, pero qué hay que hacer?—indicó Inness, un viejo contraamaestre.

—Yo no lo sé—dijo Hull, el tenedor de libros de la firma Sheffield & Co...—Pero supongo que en el Foreign Office sabrán más que nosotros.

—Yo no me voy, de todos modos—insistió Morrison.

—El Foreign Office debía hacernos saber la verdad—insinuó Hull—. Creo que debíamos marchar todos allí.

—No, no—contestaron todos—. Esperaremos a mañana—. Y el grupo se deshacía.

Por el estilo eran los comentarios de los numerosos trabajadores que hacían detener el tráfico en diversos puntos.

Sin embargo, el día siguiente trajo un aumento de angustia y de temor. La noticia se había comprobado y se conocían además con suficiente detalle las desastrosas consecuencias que la construcción del dique traería a Europa.

Hacia las once de la mañana los alrededores del Foreign Office hervían de gente. Obreros y propietarios, empleados de todas clases habían abandonado su trabajo para quitarse de encima la pesadumbre de la temerosa amenaza. Querían saber qué iba a hacer Inglaterra y con ella los otros pueblos en peligro. Había allá una imponente multitud. Pero un silencio profundo invadía la plaza y las calles adyacentes. Sólo de cuando en cuando algún grito de impaciencia se oía como un suspiro de la muchedumbre. Y continuamente, cual si quisiera acompañar profundamente aquel desasosiego silencioso, el zumbido trepidante de los ferrocarriles subterráneos.

Ante el ministro de Asuntos Extranjeros se hallaba una Comisión de tres personas que la muchedumbre había designado para saber noticias.

—Sólo puedo participar a ustedes para satisfacer su natural ansiedad—decía el ministro—que el Gobierno ha comenzado a tomar disposiciones no sólo para averiguar cuál es el alcance de las intenciones norteamericanas, sino también para contrarrestarlas en el sensible caso de que la construcción del dique alterase la vida de Europa.

—Y no se sabe aún si estamos en ese caso?—preguntó uno de los comisionados.

—No—repuso el ministro—. Esa es la labor que se está realizando ahora por los técnicos. Pero estén ustedes tranquilos. El Gobierno no ocultará la ver-

dad, por grave que sea. Y pueden ustedes asegurar al pueblo que nosotros intentaremos cuanto humanamente sea posible para que su vida no sea turbada.

Cuando los comisionados aparecieron en la puerta del Ministerio se produjo una inmensa ola de gente que estuvo a punto de aplastarlos. Intentaron hablar, pero fué imposible. Todos querían oír y los que estaban lejos empujaban a los contiguos para acercarse a la puerta. Al mismo tiempo, un barullo inenarrable impedía a los comisionados dar cuenta de su gestión. Por fin, uno de ellos, subido a una mesa que sacaron del Ministerio, hizo saber a gritos las palabras del ministro.

—Tened calma. No se sabe aún casi nada. El Gobierno estudia el asunto y procurará evitar por todos los medios cualquier mal que nos pudiera venir.

Desencantados unos, descontentos otros y con la misma angustia de antes los más, cada uno se dirigió a la estación más próxima del "tubo" para volver a su trabajo.

* * *

En el entretanto, en el Ministerio se trabajaba febrilmente. El Gobierno había llamado a los más eminentes ingenieros geógrafos y les había encargado

que estudiaran la influencia de la construcción del gran dique sobre las condiciones físicas de Europa.

Pero mientras los geógrafos trabajaban, la gran estación radiotelefónica del Ministerio recibía varios mensajes de los Gobiernos de Noruega, Francia, Bélgica, España, Alemania y otros países europeos. La República Centro Americana se había dirigido también a Inglaterra. Todos interesaban la reunión de una asamblea de los pueblos amenazados para el caso de que los peligros esbozados se comprobasen. Las comunicaciones añadían que la ansiedad era general y que difícilmente podían contener el desorden que empezaba a iniciarse y que iba trascendiendo de los espíritus a las cosas.

A las diez de la noche, los ingenieros geógrafos dieron por terminado su trabajo. En cuanto el ministro recibió el estudio de los geógrafos pasó aviso a los restantes ministros y todos reunidos comenzaron a examinar el informe de sus técnicos.

Los geógrafos decían que podía conceptuarse como muy probable un cambio en el régimen térmico de Europa, ya que el cierre del Estrecho de la Florida aumentaría la capacidad del recipiente cálido en donde se formaba la corriente del Golfo de Méjico y que el agua contenida en dicho recipiente, al aumentar en volumen, daría mayor fuerza a otra corriente que escaparía probablemente por el Estrecho de Windward y por el de Mona, entre las islas de

Cuba y Haiti y entre ésta y Puerto Rico, respectivamente. Que esta corriente prestaría su mayor impulso a la ecuatorial del Norte y que ésta podría vencer a la corriente fría del Labrador, empujándola hacia Europa. Entonces el clima de ésta cambiaría y se cumplirían los generales temores que la noticia de la construcción del dique había suscitado.

El presidente del Consejo, Mr. Dunbar, después de oír la lectura del informe, dijo a sus compañeros:

—La cuestión es de una gravedad tal que dudo pueda encontrarse en todo el curso de la Historia otra cuyas consecuencias puedan ni siquiera aproximarse a las que nos amenazan. Creo que sería peligroso hacer saber al pueblo la verdad en toda su desnudez. Seguramente el pánico que se produciría sería tan grande que toda la vida de Europa quedaría desorganizada. Tengamos en cuenta que los cuatrocientos millones de europeos que ahora vivimos en este continente quedaríamos reducidos a cien o ciento cincuenta a lo sumo y piensen ustedes en el trastorno que sólo el conocimiento de lo que va a suceder introduciría en el trabajo de cada uno. Por eso propongo que por ahora sólo digamos que, aun cuando la intención de los Estados Unidos fuera la de hacernos daño, lo probable es que nada pase. Y entretanto, propongo asimismo que, recogiendo las indicaciones que de varios Gobiernos nos han llegado, convoquemos a una reunión de los representantes

de los pueblos amenazados para tratar de los medios de comprobar las intenciones norteamericanas y de evitar los peligros posibles, caso de que sobrevinieran.

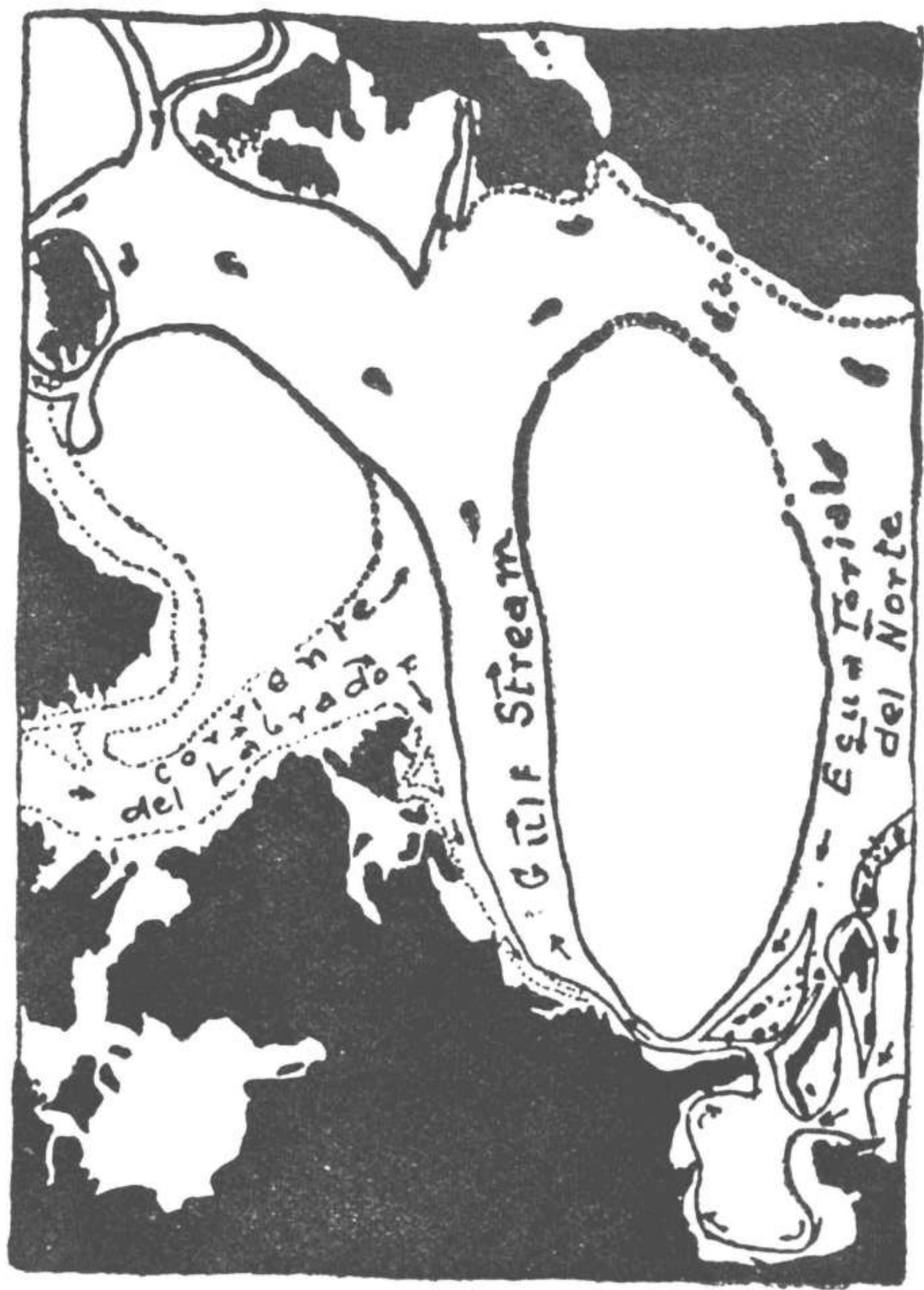
—Y no sería conveniente—objetó el ministro de Educación—iniciar gestiones amistosas para hacer desistir a los Estados Unidos de su proyecto?

—Es muy difícil conseguirlo—repuso el presidente—. Recuerde usted que desde hace bastante tiempo la República norteamericana trata a los Gobiernos europeos con cierto aire despreciativo.

—Creo que lo único que cabe hacer—indicó el Ministro de comunicaciones—es lo propuesto por el presidente. Los Estados Unidos no han de hacer ningún caso de nuestros requerimientos amistosos en un asunto de tal monta.

—Bien—dijo el presidente—. Pues ya todos de acuerdo, recomiendo a ustedes el mayor secreto sobre el informe de los geógrafos y ahora mismo voy a convocar a todos los Gobiernos interesados.

Los periódicos de la mañana traían al día siguiente casi con las mismas palabras pronunciadas en el Consejo, todo cuanto se había tratado en él. Por muchas que fueron las precauciones tomadas por el Gobierno para guardar el secreto, éste se había hecho completamente público. Quién lo había violado? Quién pudo escuchar lo dicho por los ministros? Nada pudo saberse. Pero los periodistas lo habían des-



El curso del Gulf Stream el día 28 de Junio de 2014

cubierto y lo habían lanzado a los cuatro vientos.

Y la ansiedad creció y la desesperación empezó a manifestarse.

* * *

La tarde del 30 de junio estaban reunidos en el Foreign Office los delegados de los Gobiernos de Francia, Bélgica, España, Suiza, Italia, Alemania, Portugal, Dinamarca, Noruega y Suecia. El de la República Centro Americana no había llegado aún, pero se le esperaba al anochecer. Todos habían venido en sus máquinas aéreas.

Esta vez el Gobierno inglés, aleccionado por lo sucedido la víspera, había tomado extraordinarias precauciones. Se mandó desalojar totalmente el edificio y cerrar las puertas. No quedaron dentro más que los delegados. Los periodistas miraban a las ventanas y alguno propuso un escalo con fractura de cristales. "Una vez dentro—decía—es uno el amo, porque como no habrá nadie, podrá andar por todo y meterse donde la plazca". Pero las previsiones del Gobierno se habían anticipado a esta eventualidad y un ciento de policías rodeaban el edificio y hacían la guardia para evitar cualquier asalto.

Mientras los delegados deliberaban, una muche-

dumbre imponente discutía y comentaba las posibles derivaciones del proyecto yanqui. Había quien creía que los Estados Unidos desistirían de su idea a la simple noticia de la acción concertada de todos los países cuya representación se había reunido. Otros, por el contrario, afirmaban que venía la guerra y que Europa la ganaría. No faltaban los que, conciliadores, decían que los Estados Unidos intentarían llevar adelante la construcción del dique, pero que, al fin, temerosos de provocar un conflicto de proporciones inauditas, cederían y no pasaría nada. Sin embargo, sobre todos se cernía, como nube amenazadora, la terquedad norteamericana y su actitud despreciativa para Europa.

Pasaban las horas y la multitud seguía impertérrita aguardando algo. Dieron las doce de la noche y las puertas del Ministerio se abrieron, por fin. Pero nadie salió. Todos intentaron meterse en el zaguán, pero la Policía consiguió rechazar a la masa invasora que quedó alborotando malhumorada. Los delegados se habían marchado por una de las salidas subterráneas del Ministerio.

* * *

Mr. Adams, el presidente de la República de los

Estados Unidos de América, acababa de levantarse. Uno de sus secretarios había sido introducido en el salón contiguo al dormitorio.

—Qué le trae a usted por aquí?—preguntó míster Adams.

—Esto, señor presidente—contestó el secretario presentándole varios despachos.

Mr. Adams los tomó y empezó a leerlos.

—No hay más?—dijo mostrando una levísima sonrisa.

—Creíamos que ya era bastante—repuso el secretario.

—Bien. Conteste usted que estamos a la disposición de los Gobiernos europeos.

Los despachos contenían una invitación de dichos Gobiernos al de Estados Unidos a una conferencia para tratar sobre la construcción del dique entre la Florida y Cuba.

Mr. Adams entró en el cuarto de baño tarareando una canción.

Dos días después, en el lujoso palacio presidencial norteamericano se encontraban reunidos Mr. Adams y Mr. Joplin, presidente del Consejo de Ministros de los Estados Unidos.

—Ha pensado usted en la contestación?—preguntó Mr. Adams.

—La podían tener por descontada—contestó míster Joplin sonriendo.

—Sí, es verdad. Parece increíble que Europa no se haya dado cuenta todavía de su irremediable declinación. Pero así se explica su torpeza en intentar disuadir a nuestra República de una decisión bien madurada.

—Es que—replicó Mr. Joplin—resulta muy poco común ver, sin espejo, el propio decaimiento.

—Pues nosotros seremos el espejo, ya que en ello se empeñan. Los Estados Unidos necesitan construir el dique y lo construirán. No ha de ser precisamente Europa el mayor obstáculo que tendremos que vencer.

Un empleado de la Presidencia entró y dijo:

—Mr. Glencoe, delegado por los Gobiernos europeos, acaba de llegar.

—Hacedle pasar—contestó Mr. Adams.

Mr. Glencoe, profesor de Derecho internacional en la Universidad de Copenhague, entró en la estancia. Era un hombre fuerte, que se aproximaba a los sesenta años.

—Señores—dijo—creo excusado hacer mi presentación, puesto que ya los Gobiernos que me han designado habrán puesto a ustedes en antecedentes de la gestión que aquí me trae.

—En efecto—repuso Mr. Adams—. Escucharemos a usted muy complacidos.

Mr. Glencoe pareció recogerse un momento y luego, con palabras en que todas las letras se perfilaban con gran precisión, habló:

—Los Gobiernos europeos (y enumeró todos aquellos a quienes la amenaza de la corriente del Labrador había puesto en movimiento) me han comisionado cerca de esta República con el deseo de saber si es cierto que los Estados Unidos pretenden construir un dique entre la península de la Florida y la isla de Cuba.

—Así es, en efecto—contestó Mr. Adams.

—En tal caso—continuó Mr. Glencoe—estoy encargado de preguntar a ustedes qué propósito abrigan al acometer semejante obra.

—Simplemente, el interés de los Estados Unidos de América—respondió Mr. Adams.

—Está bien—dijo Mr. Glencoe—. Pero los Gobiernos europeos que tengo el honor de representar desearían conocer cuál es ese interés.

—Nosotros creímos—replicó Mr. Adams—que Europa tenía informadores mejor enterados. Tenga usted la bondad, Mr. Joplin, de explicar a Mr. Glencoe los motivos que han decidido a los Estados Unidos a la construcción del dique.

Y Mr. Adams se puso a jugar displicentemente con una caja de tabaco que había sobre su mesa.

El delegado, un poco ofendido por el aire superior del presidente, dijo pausada pero enérgicamente:

—Europa está bastante bien enterada de lo que son y representan los Estados Unidos de América. Sino que no se atreve a suponer que puedan ser cier-

tos los propósitos que se atribuyen al Gobierno norteamericano.

—Qué se dice, pues, por ahí de nosotros?—dijo Mr. Joplin iniciando una sonrisa.

—Todo cuanto se dice puede ser reducido a muy pocas palabras—repuso Mr. Glencoe—. Se atribuye a los Estados Unidos el propósito de atentar contra Europa, cosa que sus Gobiernos quieren no creer.

—Y hacen bien—dijo Mr. Joplin—. Los Estados Unidos no intentan perjudicar a nadie y así lo hicieron saber a todo el mundo oportunamente. Ahora bien; pudiera resultar que de la realización del proyecto en cuestión se derivaran cambios importantes para algunos países. Pero Europa debe comprender—continuó con voz en la que se traslucía cierta sorna—que un pueblo como el nuestro no puede detener su marcha ante la consideración de posibles perjuicios que pudieran ocasionarse a otros que ya han desempeñado su papel en la Historia.

Mr. Glencoe se estremeció y un relámpago de indignación brilló en sus ojos. Pero dominándose, repuso:

—Yo esperaba encontrar en los Estados Unidos un espíritu más justo en la apreciación de nuestros convenios internacionales. Y sobre todo, un latido de humanidad que le hiciera desistir de sus propósitos al ver los grandes males que iban a caer sobre otros hombres, hermanos suyos. Pero, por lo visto, ningun-

no de esos argumentos tiene bastante fuerza. Podrá ahora Europa saber cuál es la razón poderosísima que mueve a la República norteamericana a obrar así?

—Sí, desde luego—contestó Mr. Joplin—. Ya sabe usted que los países situados en nuestra costa oriental padecen un clima duro y desagradable a causa de la proximidad de la corriente fría del Labrador. Y el Gobierno de la República, que debe velar por la mayor felicidad de todos sus ciudadanos, ha visto que es posible alejar esa corriente y aproximar, en cambio, la ecuatorial del Norte, más cálida y por tanto, beneficiosísima para nosotros. Claro es que pudiera suceder que la corriente del Labrador, que ahora viene a nuestro país, marchara a Europa; pero esa es una contingencia inevitable que no es suficiente para hacernos desistir de nuestra idea. Ya que ustedes han estado disfrutando durante tantos siglos del Gulf Stream—añadió en un tono que quería ser festivo—justo es que nosotros participemos de esas ventajas alguna vez.

—Pero tan fuerte es la necesidad de los norteamericanos de mejorar su clima?—preguntó Mr. Glencoe.

—Puede que sea esta extrañeza de usted—replicó Mr. Joplin—lo que mejor explique la actitud de Europa con respecto a nosotros. Parece que Europa no comprende la altura a que ha llegado nuestro pueblo y las exigencias naturales que este grado de progreso

trae consigo. Ustedes, sin duda, no pueden concebir que el más elevado confort sea para nosotros una cosa de primera necesidad. Dado nuestro tipo de vida, el más refinado del mundo, la mejora del clima de una porción tan extensa de nuestro territorio nos parece que compensa cualquier sacrificio, aunque no lo comprendan así países que no gozan de una cultura y de un bienestar tan altos y tan generales como el nuestro.

Mr. Glencoe oía al presidente del Consejo entre asombrado e indignado. ¿Será posible—pensaba—que haya nadie capaz de hablar de una manera tan fría e inhumana? ¿Qué fondo de orgullo y de egoísmo satánicos se han apoderado de estos hombres?

—Bien—se limitó a decir Mr. Glencoe—. De suerte que no será razón bastante para que ustedes cambien de pensamiento la consideración del enorme daño que amenaza a los países por mí representados si se lleva a cabo la construcción del dique?

—Mr. Joplin—dijo Mr. Adams interviniendo—ha expresado bien el pensamiento del Gobierno. Sentimos que Europa no aprecie las cosas como nosotros. Aunque tenía que ser así. Europa es ya muy vieja y nosotros somos jóvenes.

—Señores—dijo Mr. Glencoe. Y haciendo una fría reverencia, salió del despacho presidencial.

Grandes esfuerzos hicieron los Gobiernos europeos por ocultar lo tratado en la conferencia de su delegado con los representantes norteamericanos. Algo se traslució, sin embargo, y fué suficiente para que la ansiedad llegara a una intensidad alarmante. Dejaron de celebrarse varios concursos atléticos internacionales anunciados para aquellos días y lo mismo sucedió con otras fiestas. La gente no hablaba más que del dique. Sólo los cinematógrafos, con sus poderosos medios, atraían al público. Se proyectaban vistas en las que podían apreciarse en una escala reducida los cambios aportados por el cierre del Estrecho de la Florida. En algunos puntos empezaron a mostrarse sobre la pantalla escenas de horror, muchedumbres que huían enloquecidas, pueblos desiertos cubiertos de nieve, páramos sin una hierba por donde se arrastraban famélicas caravanas de gente medio desnuda. Pero los Gobiernos respectivos intervinieron prontamente y prohibieron a rajatabla tales proyecciones.

Mientras tanto, comenzaron a circular informaciones sobre la inutilidad de la intervención de los Gobiernos europeos cerca del de Estados Unidos. Se decía que los yanquis se habían reído de Europa y que tenían el decidido propósito de acabar con ella. Y que las negociaciones amistosas no servirían de nada.

Un español exaltado, Rovira, encargado de la es-

tación radiotelefónica de Reus, lanzó a todos los pueblos europeos un llamamiento en el que, tras de ensalzar las energías de los Estados amenazados, se les invitaba a imponer su fuerza a los norteamericanos y destruir Nueva York. El Estado español intentó hacer callar a Rovira en medio de su mensaje. Pero fué inútil. Hasta que Rovira terminó con un "Viva Europa... a pesar de los Estados Unidos!" no hizo caso de ninguna de las llamadas que insistentemente se le dirigieron.

La alocución de Rovira fué la chispa que puso fuego al combustible sobre el cual los Gobiernos iban echando agua tan cuidadosamente. Ya no se habló más que de la guerra, del encuentro de dos civilizaciones que se estorbaban la una a la otra. La depresión de los primeros momentos, cuando todos pensaban en un cataclismo inevitable, se transformó en un ardiente deseo de lanzarse sobre los Estados Unidos. Se calculaban fuerzas, se valoraban ejércitos y Marinas, se aducían proezas de otros tiempos y no se dudaba de que Europa impondría fácilmente su poder a los Estados Unidos. En medio del frenesí bélico se oían, sin embargo, algunas voces, pocas, que recomendaban templanza y procuraban recordar a todos que Europa había perdido en acometividad y se había descuidado en su preparación guerrera creyendo en la imposibilidad de futuras luchas entre los hombres. Pero el clamor general desmentía estos

avisos prudentes. Todos estaban animados de un impetuoso ardor que les hacía sentirse héroes de la mejor causa.

Inauditos eran los esfuerzos de los Gobiernos para contrarrestar la creciente marea que tendía a precipitar a Europa en un pavoroso conflicto. Veían el peligroso e irreflexivo ímpetu de las masas. Y la angustia empezaba también a apoderarse de ellos al considerar las probabilidades de éxito o de fracaso en una guerra donde se ventilaría la vida entera de Europa.

Y mientras las muchedumbres se enardecían más y más, los Gobiernos trabajaban a toda máquina. Constantemente se celebraban reuniones de delegados de los diversos países y los servicios de informaciones destacaron a sus mejores sabuesos, desembarcándolos en los Estados Unidos. Por acuerdo de todos, Inglaterra, poseedora de la mejor Marina de guerra, asumió la dirección de las gestiones.



CAPÍTULO III

NACE EL DIQUE



cababa de terminarse la cubierta del rascacielos. Desde la altura de sus doscientos cincuenta metros la linterna final dirigía sus miradas a las innumerables cúpulas, agujas y torres de todo género que se alzaban alrededor de la 96 Avenida. Nueva York, en un radio de cuatro kilómetros, parecía una ciudad de gigantes habitada por pigmeos. Casas enormes levantaban sus esqueletos de acero en pugna de altura. Hacía ya muchos años que habían desaparecido de aquella zona los edificios de cuatro y cinco pisos. Sólo algún monumento permanecía oculto entre las colosales construcciones.

Las necesidades del intensísimo tráfico comercial de la potente ciudad habían lanzado hacia la perife-

ría las casas de habitación y en el centro sólo quedaban los núcleos nerviosos de aquel inmenso organismo: las oficinas de las innumerables industrias esparcidas a lo lejos en una extensión de kilómetros y kilómetros.

El rascacielos cuya cubierta acababa de echarse estaba destinado a albergar los servicios comerciales de la poderosa empresa Mansfield & Co., concesionaria de los saltos del Himalaya, cuyo aprovechamiento permitiría obtener varios millones de caballos destinados a abastecer las industrias norteamericanas, cada vez más necesitadas de fuerzas eléctricas.

Hood, el ingeniero director de la obra, descendía de la torre acompañado por Mr. Wooster, uno de los gerentes de la firma Mansfield & Co.

—La obra se nos viene abajo, Mr. Wooster—dijo Hood.

—Pero no ve usted ningún remedio?—preguntó Mr. Wooster.

—No—replicó Hood—. Desde el principio desconfiaba yo de las juntas que nos mandaba la Compañía del Acero. Y ahora, ante los cargos que yo les hago, han acabado por reconocer que, por un error de mezcla, enviaron, efectivamente, material defectuoso.

—Pero eso es el descrédito para usted y un serio percance para nosotros.

—Ya lo sé—contestó Hood pensativo—. Pero qué hacer?

En aquel momento pasaban junto a un joven obrero montado sobre una viga.

—Mr. Hood!—Y el obrero saltó al suelo y se colocó ante los dos hombres.

—Mr. Hood, sé que el edificio no resistirá y tengo el medio de obligarle a ello.

Hood y Mr. Wooster miraron atentamente a su interruptor. Era un muchacho de unos veinte años, esbelto y fuerte cuyos ojos traspasaban las cosas.

—Qué harías tú, muchacho?—dijo Hood.

—Reforzar las juntas, simplemente—contestó el obrero.

—No es fácil.

—No, pero se puede hacer.

El ingeniero contempló admirado al joven, que hablaba con una seguridad absoluta.

—Pero ten en cuenta que todos los enlaces de la armadura son malos—objetó Hood.

—Yo puedo hacerlos buenos.

—Bien. Veamos cómo.

El muchacho entonces explicó cómo, tras un esfuerzo continuado, había logrado encontrar una sustancia que regeneraba los aceros defectuosos. Bastaba aplicarla y lanzar sobre la zona peligrosa una corriente eléctrica para que una solidez perfecta quedara asegurada.

El ingeniero sondeó al muchacho para asegurarse de que no se trataba de una ilusión o una mixtifica-

ción y quedó asombrado de la perspicacia y de la inteligencia del obrero.

—Cómo te llamas?—le preguntó.

—John Franklin—repuso el joven.

Dos horas después y tras una prueba satisfactoria, el rascacielos de la Mansfield & Co. era sometido al tratamiento de Franklin, que dirigía los trabajos. La semana siguiente el obrero abandonaba el rascacielos. La vida de éste había quedado asegurada y Franklin ingresaba en la Engineering Company, a las órdenes de Hood.

* * *

Cuando el Gobierno norteamericano tomó en consideración la idea de construir el dique de la Florida se dirigió a la Engineering Company, la empresa más poderosa de construcciones y obras generales, pidiéndole un hombre capaz de resolver los formidables problemas que se habían de plantear.

La Engineering Company, sin vacilar, llamó a Franklin, que en aquellos momentos se encontraba en el Himalaya dirigiendo las obras colosales de sus saltos de agua.

El antiguo obrero era ya un hombre de cuarenta y cinco años, curtido por los aires de todos los continentes y conocido en todo el mundo por la grandiosi-

dad de las obras que había ejecutado. A él se debían el estudio y realización del aprovechamiento industrial de los grandes lagos de Norteamérica y el de las aguas del Himalaya. Antes había conseguido desviar definitivamente los detritus que arrastraba el Mississippi y en su misma desembocadura había trazado una nueva ciudad que anuló a Nueva Orleans y que fué bautizada con su nombre: Franklin.

A esta inteligencia formidable encomendó el Gobierno de los Estados Unidos el estudio del proyecto para la construcción del dique de la Florida.

Ya para aquella hora se había convertido en un deseo nacional el cierre del estrecho de la Florida. El movimiento nació de un artículo publicado en una revista de geografía diez años antes y en el cual se hablaba de la posibilidad de cambiar el clima de la parte norteamericana situada entre el Cabo Hatteras y la frontera del Canadá. Decía el artículo que, desviando el rumbo de la corriente fría del Labrador para apartarla de la costa oriental de los Estados Unidos, se dulcificaría grandemente la temperatura y la vida sería mucho más agradable en los Estados norteamericanos más populosos. Añadía que, con los medios de que disponía la ingeniería de la República, la empresa era posible. Todo se reducía a cerrar el paso al Gulf Stream y provocar otra corriente más al Sur con objeto de empujar a la ecuatorial del Norte para dirigirla perpendicularmente al Ecu-

dor al encuentro de la del Labrador a la que vencería, lanzándola hacia el Este. Los periódicos recogieron la idea y las estaciones radiotelefónicas comenzaron a emitir conferencias de las figuras más relevantes de la Ciencia en las cuales se estudiaba la forma de realizar la idea y las ventajas que de ello habrían de sacar los Estados Unidos.

La gran República norteamericana había llegado a un grado esplendoroso de florecimiento. No había familia que no tuviera su casa propia, dotada de suficientes comodidades para que todos los norteamericanos gozaran en ella de un reposo perfecto en el que participaban de las delicias de todas las creaciones artísticas. Hasta cada casa llegaban por el éter los conciertos, las conferencias y las representaciones de todas clases, que se proyectaban sobre una pantalla formada por una sustancia especial: la sensibilita. Todo el espacio que quedaba fuera de los centros industriales se había convertido en un inmenso parque y el suelo de los Estados Unidos podía considerarse como un extensísimo jardín surcado en todas direcciones por vías de un pavimento siempre igual, sin polvo ni barro. El número de automóviles era casi igual al de habitantes y las máquinas aéreas cruzaban a todas horas el espacio transportando pasajeros o mercancías.

La miseria había desaparecido y suntuosos monumentos decoraban los puntos donde una vía impor-

tante se cruzaba con otra. Las escuelas de todas clases eran numerosísimas y las primarias estaban en pleno campo. Las formaban varios pabellones rodeados de jardines y campos de juego. En ellas los niños se formaban para la vida reproduciendo ésta de un modo esquemático, no sólo en cuanto se refería a la vida actual, sino a la de la Humanidad entera en el curso de la Historia. Todo se aprendía haciendo y las comunidades escolares tenían intervención directa en la administración de los negocios públicos del lugar donde estaban enclavadas. Un aspecto singular iban tomando todas estas escuelas. Poseídos los norteamericanos del alto grado de prosperidad que el país había alcanzado, se inició y fué creciendo un sentimiento de superioridad que insensiblemente acabó por ganar a la casi totalidad de los norteamericanos. Era natural. Y era muy humano. En las alturas suele perderse la cabeza. El hecho es que lo que en un principio sólo podía considerarse como un sentimiento de satisfacción por el propio bienestar y de compasión por otros pueblos se fué transformando poco a poco en otro de orgullo y de desdén por los infelices que no podían gozar de la opulenta vida norteamericana.

En estos momentos de saturación de comodidades comenzó a hablarse del dique de la Florida. La idea fué bien acogida en todos los Estados. Pero particularmente en Maine, New Hampshire, Vermont, New

York, Massachusetts y los otros situados entre la frontera del Canadá y el Cabo Hatteras. Aquí produjo verdadero entusiasmo el pensamiento de gozar de un clima más benigno. Dado el refinamiento alcanzado por los Estados Unidos, la mejora del clima de una parte tan importante de su territorio era realmente la aspiración máxima a que podían pretender.

De nada sirvió que algunos, rarísimos, sacerdotes de varias religiones que predicaban abiertamente el respeto a todos los hombres, clamaran por evitar el daño que sobrevendría seguramente a Europa al echarle encima la corriente fría del Labrador, quitándole la cálida ecuatorial del Norte. Por más que intentaban mover a piedad a la gente recomendándole que hiciera el sacrificio de una comodidad de que jamás había disfrutado, no conseguían convertir a nadie. La idea de que podían disfrutar de un clima mejor, con templadas primaveras y otoños, espléndidos veranos y suaves inviernos, había llegado ya a ser una obsesión de los norteamericanos a quienes más afectaría el cambio.

La presión del pueblo fué, pues, en aumento y acabó por tomar estado oficial la idea de construir el dique. El Gobierno encargó a sus geógrafos e ingenieros el estudio de las transformaciones que originaría dicha construcción y las dificultades de la misma. Y cuando el resultado de esos trabajos le fué entregado se hizo necesario un nuevo estudio para

determinar el coste de las obras.

Aún, sin embargo, se contuvo el Gobierno antes de decidirse a llevar a cabo el proyecto. Preveía posibles conflictos internacionales y hubiera deseado no restar energías de las muchas que eran necesarias para sacar adelante el gigantesco cierre de la Florida. Pero los Estados Unidos orientales comenzaron a clamar con tal fuerza y encontraron tal apoyo en los demás, que, por fin, la decisión fué tomada.

Y entonces entró en escena John Franklin.

* * *

—De modo que usted cree que el dique puede construirse?—dijo Mr. Joplin.

Estaban reunidos en el palacio del Gobierno todos los ministros con Franklin para examinar el trabajo ya terminado por éste y referente a la forma de cerrar el Estrecho de la Florida.

—Sí—repuso Franklin—. Después de realizados sondeos de comprobación he encontrado que la mayor profundidad no excede de los mil metros. Y como podemos seguir una línea recta que vaya desde Planter, en la Florida, hasta la costa cubana entre Itabo y Sagua la Grande, el dique vendría a tener unos doscientos treinta kilómetros de longitud.

—Y no será demasiada extensión para tal profundidad?—objetó uno de los ministros—. Sobre todo, teniendo en cuenta la gran fuerza de la corriente en esa parte.

—Esa es una cosa que, naturalmente, yo no podía menos de tener presente—dijo sonriendo Franklin.—Pero como ustedes recordarán, esa región es abundante en bajos y esto facilita grandemente la realización de la obra. Así es que, aprovechando esta circunstancia, el dique en profundidades mayores de cien metros sólo mediría ciento veinticinco kilómetros aproximadamente.

—De modo que el trazado, según veo en los planos—dijo Mr. Joplin—va desde Planter al banco de Cay Sal y de allí a los del archipiélago de Sabana para encontrar finalmente la costa cubana?

—Justamente—repuso Franklin.

—Bien. Y cómo piensa usted arreglarse para formar ese verdadero istmo que sería el dique?

—Ustedes saben—contestó Franklin—que poseemos desde hace algunos años una sustancia adherente que se solidifica instantáneamente al contacto con el agua y forma con los cuerpos que une una masa solidísima capaz de resistir las mayores presiones.

—Sí—dijo el ministro de Obras públicas—. Y sabemos también que esa sustancia ha sido encontrada por usted.

—Pues bien. Contando como contamos con máqui-

nas productoras de bloques de un enorme rendimiento, todo se reduce a ir avanzando desde Cuba y desde la Florida con esas máquinas en número suficiente. Arrojadlos los bloques mezclados con la sustancia adherente iríamos formando dos prolongaciones de las dos costas y cuando esas dos prolongaciones llegaran a tocarse el dique estaría terminado.

—Necesitará usted mucha gente para eso!—dijo Mr. Joplin.

—Si la obra ha de hacerse rápidamente, calculo que harán falta unos veinte mil hombres.

—Y los materiales para el dique? Porque se necesitarán unos millones de toneladas!

—Oh! Estamos en condiciones de transportar enteros los montes Allegheny. En cuanto a la maquinaria, no ha de suponer gran trastorno para la poderosa industria norteamericana el suministro de la que sea precisa para la empresa.

—Y el presupuesto?—preguntó Mr. Joplin.

—Mil millones de dólares en números redondos.

* * *

A la mañana siguiente, los periódicos y las estaciones radiotelefónicas hacían saber a los norteamericanos que su Gobierno había acordado construir el

dique de la Florida sobre los planos de Franklin. Se convocaba al mismo tiempo a todas las Empresas de construcción de los Estados Unidos por si deseaban encargarse de las obras. Era el 28 de junio de 2014.

Las Compañías más poderosas empezaron inmediatamente a ocuparse del asunto. Sus Consejos de Administración, asesorados por sus técnicos, estudiaron el proyecto de Franklin. Pero ninguna de ellas se atrevió a hacer una proposición. La empresa era tan formidable que todas reconocieron la imposibilidad de llevarla hasta su fin. La Engineering Company también se echó atrás. El mismo Franklin lo aconsejó así.

Entretanto, el pueblo norteamericano celebraba con gran júbilo la determinación de su Gobierno. Se veía ya gozando de suaves temperaturas, con sus jardines rebosantes de flores y sin la pesadilla de las temibles tormentas, de las brumas y de los hielos flotantes que hacían hasta entonces tan peligrosa la navegación transatlántica en los mares próximos a sus principales puertos orientales.

Mas cuando se supo que las Compañías de construcción renunciaban a tomar parte en el concurso abierto por el Gobierno, una mezcla de desencanto y de rabia invadió a los más entusiastas. ¿No somos el pueblo más adelantado del mundo?, decían. ¿No dice Franklin que la obra es posible? Pues entonces, ¿por qué los Estados Unidos, el primer pueblo del pla-

neta, van a consentir la vergüenza que supondría renunciar al proyecto del dique cuando éste se ha convertido en una cuestión vital para la República? Constrúyase el dique, hágalo quien lo haga. Que no se diga que los Estados Unidos han tenido que renunciar a una cosa factible y conveniente para ellos por dificultades de ningún género.

Y lo que comenzó siendo un deseo de mayor bienestar fué transformándose rápidamente en una cuestión de amor propio nacional.

El sentimiento público empezó, por consiguiente, a ejercer una presión irresistible sobre el Gobierno. Ya no era sólo la aspiración de una parte del pueblo a mejorar su vida. A esta fracción se había incorporado la República entera, arrastrada por lo que ella creía ser la única conducta digna del primer pueblo de la Tierra. Y cuando se hizo pública la renuncia de las Compañías a construir el dique, el pueblo norteamericano en pleno instó a su Gobierno a que acometiera por sí mismo la empresa, utilizando las energías todas de los Estados Unidos, si fuere preciso, para afirmar una vez más la potencia del pueblo más adelantado del mundo.

El Gobierno, entonces, se vió obligado a tomar sobre sí la formidable carga que se le imponía y llamando a Franklin, puso enteramente en sus manos, con facultades omnímodas, la organización y dirección de los trabajos.

CAPÍTULO IV

CONTRA VIENTO Y MAREA



—¿Entonces no se puede pasar?—preguntaba en la estación de Miami, a unos cincuenta y siete kilómetros de Planter, un hombre fuerte con traje de obrero.

—No—contestó el empleado—. Las órdenes del Gobierno son rigurosísimas y nadie, sin un permiso de Mr. Franklin, puede acercarse al dique en un radio de cincuenta kilómetros.

—Pero yo soy precisamente un obrero que deseo trabajar en el dique.

—Lleva usted el permiso de Mr. Franklin?

—No sabía que fuera necesario.

—Pues puede usted volverse por donde ha venido. —Y el empleado hizo salir de la estación al obrero, que protestaba contra el atropello de que se hacía víctima a un ciudadano norteamericano.

La misma escena se repetía en los barcos que iban a escalar en Planter. Se había prohibido terminantemente aproximarse al dique a todo el mundo. Sólo los que habían de trabajar en las obras podían permanecer, entrar y salir en la zona cerrada. El Gobierno norteamericano lo había determinado así para evitar posibles trastornos producidos por la intervención de Europa para impedir a los Estados Unidos la realización de su idea. Desde la conferencia de Mr. Glencoe con los representantes de la República el Gobierno norteamericano, si bien no se preocupó de la actitud que podría adoptar Europa con respecto a los propósitos yanquis, procuró apartar todos los peligros que indudablemente nacerían de dejar en libertad de movimientos a los agentes que Europa había de mandar seguramente con intenciones poco favorables para que la empresa se terminara felizmente. La oportunidad de esta medida fué confirmada por las impresiones que desde Europa llegaban y que acusaban una tumultuosa efervescencia en todos los pueblos a quienes la construcción del dique iba a producir daños irreparables.

En la costa de la Florida, donde había de arrancar el dique, el terreno, en una extensión de varios kilómetros, parecía una gigantesca fábrica después de un terremoto. Montones de vigas, colinas de tornillos, miles de cajas de todos tamaños, locomotoras, grúas potentísimas a medio armar. A distancia se veían

verdaderas montañas de cemento instantáneo, llamado así porque forjaba en el acto. Y a cada paso, vías férreas que hacían de calles por donde pasaban trenes incesantemente. Aquello semejaba un taller inmenso en el que pudiera decirse que se iba a forjar el eje de la Tierra. Era la máquina que iba a hacer el dique.

En la costa cubana, entre Itabo y Sagua la Grande, los mismos grandiosos preparativos. Franklin, con su poderosa inteligencia, había logrado concertar los esfuerzos de varias fábricas inmensas y su talento organizador iba disponiendo los elementos necesarios para acometer la formidable empresa.

Caía el sol. En el pabellón de ingenieros un delineante estaba terminando el trazado del dique desde Cuba hasta el banco de Cay Sal. De pronto, levantó la cabeza como para mirar a la ventana en el momento en que el único compañero que quedaba en el departamento salía en busca de Franklin. Miró a su alrededor y, al verse solo, rápidamente se dirigió a un estante y cogiendo una carpeta, se desabrochó la camisa y escondió los papeles en su seno. Después, tomando su sombrero, se encaminó, forzando el paso, a la estación. Los empleados le saludaron y él montó sin detenerse en el tren que en aquel momento salía para Charleston donde terminaba una de las líneas aéreas transatlánticas que hacían el servicio entre los Estados Unidos y Burdeos.

* * *

Dos días después, el jefe superior del servicio de informaciones del Ministerio francés de Negocios Extranjeros entraba en su despacho.

—Mr. Lamotte acaba de llegar y dice que trae algo importante—le dijo uno de los secretarios.

—Que venga.

Mr. Lamotte entró. Era el delineante que dos días antes había tomado tan de prisa el tren para Charleston.

—Qué hay de nuevo?—dijo el jefe.

—He podido atrapar el proyecto—contestó Mr. Lamotte.

—Mil enhorabuenas, Mr. Lamotte. Es un triunfo formidable. No esperaba menos de usted—. Y el jefe se levantó y estrechó calurosamente la mano de Mr. Lamotte. Pero veamos antes...

—No es el original, pero sí una de las copias que John Franklin había dejado en la oficina para recogerla en seguida.

El jefe examinó cuidadosamente los papeles de que se había apoderado Mr. Lamotte.

—Venga usted conmigo, Mr. Lamotte.

Un momento después, el rápido y silencioso auto-

móvil de la Jefatura dejaba a los dos hombres a la puerta del palacio de la Presidencia. Los ministros estaban reunidos en sesión permanente, estudiando los medios de evitar las contingencias producidas por la construcción del gran dique.

Después que el ministro de Negocios Extranjeros hubo recibido el proyecto del dique, el jefe y Mr. Lamotte volvieron a la Jefatura.

—Cuénteme usted ahora, Mr. Lamotte—dijo el jefe—cómo se las arregló usted para hacerse con el proyecto.

—No fué cosa fácil. El Gobierno norteamericano ha prohibido, como sabe usted, el acceso a las obras en un radio de cincuenta kilómetros a quien no vaya provisto de un permiso firmado por John Franklin. Lo primero, pues, que tuve que hacer fué conseguir ese permiso. Yo, aunque francés, he hecho mis estudios de ingeniero en los Estados Unidos. Así es que, con mis papeles de la Universidad yanqui, me presenté a Franklin, contándole una historia de persecuciones de que había sido objeto por parte de Francia, mi país de origen, por mis preferencias por los Estados Unidos, de los cuales era un enamorado. Cansado del mal trato que me daban mis paisanos—le dije—había jurado no volver a Francia, lleno de odio y deseo de venganza. Entonces supe la determinación de los Estados Unidos de construir el dique y comprendiendo que con ello podía dar satisfacción a mi

resentimiento contra Europa, quise contribuir con mi esfuerzo a la destrucción del pueblo que tan ingratamente se había portado conmigo.

—¿Y Franklin no sospechó nada?

—No sé. Algo, creo que sí. Es un hombre de gran talento y tenía que desconfiar de los europeos. Pero yo procuré hablarle con tal calor y por otra parte, recalqué tanto mi admiración por los Estados Unidos, que, indudablemente, su amor propio nacional le hizo caer en la trampa. Sin embargo, desconfiando, no me colocó en la oficina central, sino en otra donde sólo se estudiaban trozos del proyecto. Yo no desesperé y en efecto, la ocasión se presentó un día en que Franklin, que había venido a confrontar ciertos detalles con una copia del proyecto, fué llamado con urgencia para dirigir un trabajo importante. Preocupado con él, salió, dejando olvidado en un estante el estudio tras el cual andaba yo. Ya lo demás fué fácil. Aproveché un momento en que me dejaron solo y salí de estampía con el proyecto.

—El servicio que ha realizado usted es muy importante y espero que el Gobierno lo tendrá en cuenta—dijo el jefe.

—Yo me daría por satisfecho si sirviera para evitar los grandes males que nos amenazan—repuso Mr. Lamotte.

* * *

En cuanto los Gobiernos europeos tuvieron en su poder el proyecto del dique instaron a sus embajadores respectivos cerca del Gobierno de los Estados Unidos para que, con arreglo a instrucciones secretas que les dió un emisario, actuaran cerca de los gobernantes norteamericanos en el terreno amistoso.

Los embajadores comenzaron inmediatamente sus gestiones, que se estrellaron contra la decidida actitud de Mr. Adams. Y como el Gobierno yanqui no tenía los mismos motivos que los europeos para guardar el secreto, pronto se hizo público cuanto Europa intentaba para malograr la construcción del dique.

Los comentarios eran bien poco piadosos. Casi todos tomaron por impotencia e inferioridad lo que, bien mirado, no era más que deseo de evitar las tremendas desgracias que iban a sobrevenir. Se engañaban creyendo que Europa era incapaz de oponer una resistencia seria a la acción yanqui. La actitud conciliadora de Europa, que quería agotar todos los recursos antes de llegar a un conflicto guerrero, se atribuía al temor y a la marrullería que da la senectud. Y ante la prudencia y el humanitarismo de los europeos, los norteamericanos, engreídos, borrachos de superioridad, hablaban despreciativamente de los *viejos países cuya misión había terminado ya en el mundo.*

Todos los medios conciliatorios fueron empleados

por Europa. Pero fué imposible hacer variar una línea al Gobierno norteamericano. Este se sentía más que apoyado, impelido por su pueblo, para que desoyese las voces que llegaban del viejo continente.

No eran tampoco muy pacíficas ciertamente las opiniones de las multitudes europeas, en las cuales el orgullo norteamericano produjo un sentimiento general de indignación. Y como la impresión de burla con que se recibieron en los Estados Unidos las gestiones de acuerdo iniciadas por Europa pronto se hicieron públicas en los pueblos de ésta, una reacción de cólera y un deseo de imponer una sanción severa invadieron rápidamente a las masas europeas.

Entonces era casi imposible que estas palpitaciones del organismo popular permanecieran en secreto. La difusión mundial de las ideas y movimientos de las gentes que se encargaba de llevar a cabo la radiotelefonía hacía inútil que nadie se esforzara por acallar o mantener oculta cualquier peripecia. El régimen de publicidad era absoluto.

Pero los Gobiernos europeos, conocedores de la potencialidad norteamericana, querían agotar todos los medios antes de lanzar a sus pueblos a una guerra aventurada en la que todas las ventajas estaban de parte de los Estados Unidos. Desoían los clamores de la opinión, más impresionable y menos enterada que ellos, y maquinaban sin cesar para ver si hallaban una solución pacífica que alejara los peligros de una lucha armada. Sabían que los Estados

Unidos, con sus medios de poder casi infinito, equilibrarían o quizás anularían los elementos de combate que Europa pudiera alinear. Por otra parte, la necesidad de tener que ir a atacar al enemigo en sus propias bases daba a éste una ventaja considerable sobre los asaltantes.

Procuraron, pues, los Gobiernos europeos recurrir a todo antes que llegar a un rompimiento. Inglaterra propuso que se hicieran a los Estados Unidos ofrecimientos que equivalieran a una compensación de las ventajas que los norteamericanos esperaban obtener con la construcción del dique. Estaban reunidos en París los representantes de los pueblos europeos.

El representante francés objetó:

—Estimo que sería depresivo para nosotros hacer una oferta semejante. Además, dada la actitud en que se ha colocado el pueblo norteamericano, esto se tomaría como un signo más de debilidad por parte nuestra.

—No deja de ser atinada la objeción de Mr. Juvigny—dijo el representante de Noruega—. Pero creo que, ante la conciencia universal, estamos obligados, aunque seamos la parte ofendida, a poner cuantos medios estén a nuestro alcance antes de consentir que, por intereses materiales, caigan otra vez sobre el mundo los graves males que trae consigo una guerra y más si es como la que sobrevendrá entre Europa y los Estados Unidos.

Estas nobles palabras hicieron su efecto en todos los reunidos.

—A mi juicio—dijo el representante español—es preferible, como ha indicado el señor Romsdal, agotar los medios pacíficos antes de llegar a un rompimiento. Pero qué podríamos ofrecer a los Estados Unidos?

—El continente africano es nuestro en una gran parte—contestó el representante de Inglaterra—. Hay allí fértiles regiones en las cuales concederíamos a los norteamericanos un trato de favor que podría llegar hasta un arriendo total.

—Me temo—replicó Mr. Juvigny—que esto no satisfaga a los Estados Unidos. Ellos sueñan con un aumento de bienestar en su propio suelo y no puede halagarles esa oferta de comodidades remotas. Más eficaz me figuro que sería la cesión incondicional de las aguas del Himalaya, que están actualmente en poder de Inglaterra.

El representante inglés creyó adivinar en las palabras de Mr. Juvigny cierto temor a que las compensaciones ofrecidas lo fueran a expensas de Francia exclusivamente y queriendo parar el golpe que le asestaba su representante, dijo:

—Si los Estados Unidos aceptaran esas aguas a cambio de desistir de la construcción del dique de la Florida yo espero que mi Gobierno no había de poner ningún inconveniente a la proposición de monsieur Juvigny. Pero los señores representantes apre-

ciarán el sacrificio de Inglaterra al ceder para siempre unas fuerzas tan importantes y no vacilarán en compensar a su vez a la Gran Bretaña de este sacrificio que habría de hacer ella sola en beneficio de todos.

—Planteada la cuestión en esa forma—dijo el representante de Suiza—puedo asegurar que mi país contribuiría de muy buena gana a resarcir a Inglaterra de la pérdida ocasionada por la cesión que tendría que hacer a los Estados Unidos. Esta solución —añadió—me parece muy acertada y tengo la esperanza de que los norteamericanos habrían de aceptarla. Si lo que ellos buscan es un aumento de bienestar, es indudable que los saltos del Himalaya contribuirán a ello notablemente, puesto que actualmente y por razones especiales que ha tenido Inglaterra, la explotación de los mismos la van a hacer los Estados Unidos, aunque a título de precario. La cesión completa aseguraría a los norteamericanos el disfrute definitivo de los saltos, y si bien las ventajas de esta cesión son menores que las resultantes de la construcción del dique, según ellos esperan, hay que confiar todavía en los sentimientos de humanidad que yo no dudo existen en los norteamericanos y que les inclinarán a aceptar la oferta de los Gobiernos europeos.

No todos los reunidos estaban absolutamente conformes con la proposición inglesa de que los demás países europeos compensaran a la Gran Bretaña de

la cesión de sus saltos. Pero la visión que ante sus ojos se presentó súbitamente de los irreparables males que iban a caer sobre Europa si se dejaba seguir libremente a los Estados Unidos su camino, acalló los recelos de los más descontentos y todos dieron su asentimiento a las palabras del representante suizo.

* * *

Al conocerse en los Estados Unidos la nueva gestión de Europa la mayor parte de la gente la atribuyó a pánico e impotencia. Se cumplió el vaticinio de Mr. Juvigny.

—¡Tiene gracia!—decía un joven abogado—. ¿Cómo no habrán caído todavía en la cuenta los europeos de que nada puede compensar la posesión de las comodidades que nos ha de traer la construcción del dique? Ciertamente, encuentro demasiado egoísta a ese viejo pueblo, que quiere reservarse exclusivamente el disfrute del Gulf Stream. No son los Estados Unidos el pueblo donde se vive mejor? Pues cualquier cosa que emprenda para hacer más envidiable este trozo del mundo donde tenemos la dicha de vivir estará perfectamente justificada. La ley de la cultura ha señalado la hora de los Estados Unidos y es fatal que todo en la Tierra se supedite a su servicio. Este es el ritmo de la vida de la Humanidad y no habrá potencia humana que pueda cambiarlo.

—Tanto más—añadió un profesor de Física de la Universidad de Yale—cuanto que Europa, hoy, es incapaz de oponer una resistencia seria a nuestros propósitos providenciales. Ni cuentan con nuestros medios ni la vida allí es tan plena como aquí. Europa ha caído en un misticismo estéril que desprecia nuestros refinamientos y se contenta con una frugalidad y una pobreza que no han hecho más que excitar sus nervios y poner en una tensión morbosa su espíritu. Así se explica que su concepto de la vida sea más bien triste que otra cosa, ignorando o queriendo ignorar todo lo que hay en ella de agradable, de hermoso y de placentero. Es la psicología de un pueblo viejo que por pensar en otra vida desprecia todo lo bueno que hay en ésta, sin energías ya para disfrutarlo.

Había, sin embargo, en estas apreciaciones algo que señalaba claramente la razón profunda de la conducta de los Estados Unidos. Envuelta en el ropaje de un razonamiento tendencioso al que los yanquis se inclinaban empujados por el orgullo y la saturación de una vida fácil, podía distinguirse la entraña de la oposición existente entre dos conceptos diferentes de la vida.

Los Estados Unidos de América, con su potencia económica, sus casi omnipotentes medios de acción y su sentido práctico de utilización de esas ventajas en favor de un refinamiento cada vez mayor de sus formas materiales de vida, habían dado a ésta una

dirección fundamentalmente hedónica. El placer en su sentido más amplio, la satisfacción de cuantos deseos no perjudiciales a la comunidad fuesen naciendo en el seno de ésta y la aspiración a una felicidad inmediata basada en la utilización de todos los medios naturales en beneficio del hombre constituían el fin de la que los yanquis llamaban la décima cultura, la cultura norteamericana.

Pero juzgaban erróneamente a Europa al suponerla cansada ya de su fecundidad e incapaz de otra cosa que de vivir agonizando. La vida europea no era tan sensual como la norteamericana, apariencia que engañaba a los Estados Unidos; pero el tono modesto de la vida europea obedecía a un sentimiento de austeridad, a una voluntad de semiascetismo que el Cristianismo había dejado después de una larga evolución en la que todas las tendencias filosóficas pusieron algo de su doctrina.

Como consecuencia y como causa al mismo tiempo de la formación de ese criterio de conducta se había mantenido una activa y constante controversia entre las diferentes tendencias éticas que se disputaron durante todo el siglo XX la sucesión del Cristianismo. Esto mismo era un indicio de la vitalidad de Europa, muy distinta en orientación de la que imperaba durante todo ese tiempo en los Estados Unidos, pero no menos intensa que la norteamericana, si bien difiriendo de ésta en los medios puestos en práctica para dar a la vida toda su plenitud.

Porque, en efecto, lo mismo Europa que Norteamérica, al igual que todos los demás pueblos, pretendían alcanzar el ideal de la vida humana; pero eran los métodos para llegar a él lo que diferenciaba a cada uno. Lo que caracterizaba a los norteamericanos era la preponderancia dada a lo material, a la inversa de lo que sucedía en Europa, donde se había llegado a un equilibrio casi perfecto de todas las potencias humanas. Así es que, en Europa, la vida espiritual era mucho más intensa y ostensible. El arte se había popularizado, produciéndose apenas obras que no fueran de aplicación. En cambio, todos los objetos comunes se habían ennoblecido embelleciéndose. Los hombres de ciencia, apartándose de las invenciones destructoras, consagraban sus esfuerzos a la perfección humana en unión de los pensadores.

Europa parecía encontrarse en otros siglos medievales por la conciencia puesta por cada uno en su perfección y en la de su obra y por una tendencia mística en cuanto a los métodos, pero epicúrea en cuanto a los fines, que la conducía a vivir la vida según un concepto no de satisfacción de todos los deseos, sino de represión de muchos de ellos con el fin de mantener al hombre en posesión de todos sus medios. Se repetían juntas la formación espartana y la medioeval armonizadas y sin el exclusivismo material de la una ni el espiritual de la otra.

La aparente disminución de vitalidad que se notaba en Europa durante el siglo XX no era más que

una de las crisis de crecimiento impuestas por todo cambio profundo en una organización. Todas las fuerzas dispersas en otras ocasiones para diferentes empresas se habían concentrado en aquella época para la continuación feliz del proceso de desenvolvimiento de la vida europea. Y ahora Europa iba a dar el mundo otra faceta nueva de la vida salvando al cuerpo del desprecio con que durante largos siglos se le había mirado y al espíritu de una decadencia irremediable a que le conducían, por exceso de facilidad, las mejoras materiales que incesantemente se iban conquistando. Habían conseguido determinarse con precisión las características corporales y las espirituales y gracias a ello habían podido formularse las reglas más apropiadas para llegar a un equilibrio perfecto de todas las potencias humanas.

Una educación amorosamente atendida habíase cuidado luego de vulgarizar esas reglas hasta el punto de que, en 2014, podía decirse que, gracias a la unidad de método y de fin y al esmero puesto por los Gobiernos para tener una enseñanza completa y perfecta, los pueblos europeos poseían un tipo de cultura bien definido y caracterizado por ese equilibrio armonioso de todos los poderes humanos.

Se cultivaba el cuerpo por el ejercicio y una higiene perfecta lo mantenía vigoroso. La alimentación era sencilla, con comidas frugales. La moda, que tanto había castigado a las generaciones anteriores con sus frecuentes y casi inútiles innovaciones, había

perdido su imperio, tanto a causa de la mayor y más acertada cultura como de razones prácticas de sencillez y uso. Las Bellas Artes estaban impregnadas de una sencillez que era casi severidad. De ahí que las habitaciones y aun los monumentos de todas clases apareciesen ante los ojos de gentes como los norteamericanos, menos finamente educados que los europeos, como de una pobreza sólo explicable por falta de aptitud o de medios, siendo, a la verdad, el producto de un intento deliberado de llegar a la suprema sencillez, donde reside la verdadera belleza.

Ciertamente, no habían dejado los europeos de realizar empresas notables, como la creación del mar del Sahara. Pero fieles a sus principios, no habían abandonado por eso la forma austera de su vida.

Esta orientación no había, con todo, creado mayor riqueza en posesión de unos cuantos, pues siendo fácilmente satisfechas las necesidades de cada uno, era innecesario acumular reservas para lo que todos tenían asegurado y que una regla de conducta austera generalmente adoptada hacía inútil. Así es que se había conseguido equilibrar la producción y el consumo y como nadie tenía interés en amontonar riquezas que no habían de tener aplicación, no se daban ya casos de explotación de muchos en beneficio de unos pocos, cosa corriente en épocas anteriores y en los Estados Unidos entonces mismo.

Este contraste entre dos civilizaciones irreductibles era la razón suprema que explicaba la actitud

de los yanquis en la construcción del dique. Despreciaban a Europa, a quien conceptuaban recorriendo la última fase de su decadencia, y no sentían por ella la menor piedad. Era, pues, inútil para los norteamericanos hablar de negociaciones. La voluntad de los Estados Unidos debía ser suprema y no consentía el diálogo en una empresa tan importante para su comodidad como el cierre del Estrecho de la Florida.

La proposición de Europa cediendo a Norteamérica a perpetuidad las aguas del Himalaya cayó, por consiguiente, en el vacío.

—Esas aguas serán nuestras en cuánto lo queramos—decía mucha gente—. ¿Para qué, pues, vamos a dar una cosa tan nuestra como el dique a cambio de otra que estará en nuestras manos cualquier día?

* * *

Los pueblos europeos acogieron la negativa de los Estados Unidos casi con alborozo. Pese a los esfuerzos de los más serenos, las multitudes se dejaban arrebatarse por el frenesí guerrero, dormido hacía tantos años. Presentían, con ese agudo instinto que a veces se da en las masas, que la cuestión tenía un alcance mayor que el simple alarde norteamericano de construir el dique. Y ante la obstinación de los Estados Unidos veían confusamente el intento de aca-

bar con una civilización que para los yanquis sólo era decadencia y odiada antítesis de la suya.

La agitación crecía, por tanto, más y más. Los partidarios de la lucha armada iban dominando rápidamente a los templados y contemporizadores. Sólo las mujeres, guiadas por su sensibilidad y su intuición, trataban de refrenar a los exaltados, a los cuales enumeraban los horribles desastres de la guerra. Sostenían, además, las mujeres (sin base científica ninguna, por supuesto) que la empresa de construir el dique había de ser absolutamente inútil para el logro de los propósitos que perseguían los Estados Unidos. Que las cosas seguirían como estaban y que era perfectamente ocioso tratar de oponerse por cualquier medio al cierre del Estrecho de la Florida. Lo mejor era dejar hacer a los yanquis y no preocuparse del asunto. Europa seguiría viviendo después de la construcción del dique tan satisfecha y tranquila como hasta entonces.

No pudieron, sin embargo, las mujeres vencer el poderoso flujo de los que deseaban la guerra. Constantemente se celebraban manifestaciones y se lanzaban por la telefonía sin hilos mensajes a los europeos que apreciaran la superioridad de su civilización para aprestarse a defenderla por todos los medios.

Los Gobiernos europeos, ante la presión de sus pueblos y vista la absoluta inutilidad de sus gestiones amistosas, se vieron obligados a tomar más gra-

ves determinaciones. Les repugnaba, sin embargo, lanzar a Europa a una guerra, tanto por lo que ésta representaba en sí, como por ser el enemigo un hijo de la vieja tierra ahora amenazada. Procuraron, pues, agotar todos los recursos antes de llegar a un conflicto sangriento.

Dos días después, el Gobierno norteamericano recibía de Europa la notificación de que la no suspensión de los trabajos del dique traería consigo la ruptura de las relaciones de todas clases que hasta entonces habían mantenido los dos continentes.

Mr. Adams dijo a Mr. Joplin al enterarse de la amenaza europea:

—Esto se venía venir. Ellos han de procurar por todos los medios hacer abortar el dique. Pero no nos conocen bien o nos conocen demasiado.

—Me parece que es más bien esto último lo que sucede—contestó Mr. Joplin—. No quieren el dique y saben que son impotentes para evitar su construcción. Y ya que no pueden hacer nada, tratan de asustarnos.

—Pues nada, dejémosles hacer—repuso míster Adams—. Afortunadamente, los Estados Unidos de América se bastan a sí mismos y no es muy sensible la pérdida de una amistad como la europea.

Se interrumpió, pues el intercambio activo de productos de todo género, de obras científicas, de visitas mutuas. Lo que no se pudo evitar fueron los diálogos entre las estaciones radiotelefónicas de ambos con-

tinentes.

—Vamos, ya pueden ustedes reforzar su calefacción dentro de poco—decía un mensaje norteamericano.

—No nos hace falta—contestaba una estación europea—. Estamos acostumbrados al frío como al calor. Ustedes sí que deberán tener cuidado de que en ese paraíso que se están preparando no les salga otra serpiente que les haga quedarse con la hoja de parra por único vestido.

Y el diálogo continuaba, mordaz e irónico.

No obstante, no pudo menos de producirse un gran trastorno en los primeros momentos en que toda comunicación comercial fué cortada. Sobre todo, la falta de energía que padeció inmediatamente Europa a consecuencia de la orden que dió el Gobierno de los Estados Unidos de suprimir el envío de las fuerzas eléctricas procedentes de sus grandes lagos. Particularmente las industrias de producción y de transporte sufrieron intensamente. Mas un sabio alemán, Hitlerreich, autoridad científica de primer orden, que venía estudiando hacía largos años el aprovechamiento de la fuerza del viento para la producción de energía, logró encontrar un procedimiento económico que fué llevado inmediatamente a la práctica. Tanto en Inglaterra, como en Alemania, Francia, España, Suiza, Italia y otros países se establecieron grandes series de molinos metálicos que accionaban motores eléctricos los cuales, a su vez, enviaban su

corriente de elevado voltaje a grandes centrales eléctricas. A convenientes distancias se levantaron poderosas estaciones de fuerza donde, en las épocas de viento, el exceso de energía se empleaba en descomponer el agua en oxígeno e hidrógeno. Estos gases eran liquidados y almacenados en vastos depósitos con camisas de vacío, enterrados en el suelo. En tiempos de calma los gases se recomponían en motores de explosión que accionaban dinamos. Ya se sabía que el hidrógeno líquido es, a pesos iguales, el más eficaz medio de almacenar energía, pues rinde por kilogramo tres veces más calor que el petróleo. El coste de establecimiento fué grande, pero la misma organización del trabajo y de la producción en Europa ayudó mucho a la realización del invento de Hitlerreich.

En seguida se notó el efecto de la sustitución. Los gastos en marcha eran muy inferiores a las sumas que Europa se veía obligada a pagar a los Estados Unidos. Además, la energía era igualmente barata en todos los puntos, con lo cual se descentralizaba la industria, y como no se producían humo ni cenizas, pronto las fábricas y otras empresas que aún utilizaban el carbón mineral sustituyeron éste por la energía producida por el viento. Así se cumplió un proverbio ya viejo en Europa: "La buena voluntad del mal saca el bien", y sus pueblos se encontraron fuera de la dependencia en que hasta entonces habían estado respecto de los Estados Unidos.

Pero sucedió lo que había previsto Mr. Adams. Los

Estados Unidos, si bien tuvieron que abandonar las obras de los saltos del Himalaya, no se resintieron apenas de la decisión tomada por Europa. Y como entretanto la construcción del dique debía seguir avanzando, los pueblos europeos tuvieron que pensar en seguir otros caminos para apartar la amenaza que se cernía sobre ellos.

El Consejo europeo continuaba trabajando a toda máquina. Nada se traslucía de sus resoluciones; pero una inmensa red iba tendiéndose lentamente alrededor del dique de la Florida.

Una mañana se encontraba Franklin en el extremo norteamericano del dique, que avanzaba constantemente. De pronto, se oyó un silbido agudo y pertinaz y se vió que todas las locomotoras colocadas sobre una de las vías procuraban dejar el paso franco a otra que avanzaba a todo vapor. La locomotora paró junto a Franklin y uno de los ingenieros del dique bajó y acercándose a Franklin, le dijo:

—Los obreros del lado cubano se niegan a trabajar.

—¿Por qué?—repuso Franklin sin perder la serenidad.

—Dicen que no quieren hacer daño a sus hermanos de Africa.

—Ya esperaba esto. De poco han servido mis permisos.

—Pero la resolución de los obreros ha sido tan brusca, que no nos explicamos...

—¡Bah, pues está bien claro! Se ven las manos de Europa en todo esto. Pero vamos a ver a esa gente.

En el extremo cubano del dique trabajaban varios millares de negros. Entre ellos había uno a quien todos trataban con respeto y escuchaban con veneración. Era descendiente directo de uno de los reyes africanos y había sido educado con esmero. Un usurpador había quitado el trono a su familia y ésta se había visto obligada a refugiarse en los Estados Unidos al amparo de un compatriota rico dueño de una estancia en la Luisiana. Domingo, después de pasar una infancia regalada, tuvo que confiar en sus solas fuerzas y fué a parar al dique, donde se había colocado de contraamaestre.

Cuando ya el dique había avanzado por la parte cubana unos treinta kilómetros empezó a notarse que los trabajadores negros se reunían con frecuencia en pequeños grupos que hablaban en su lengua africana. Los jefes blancos no hicieron caso de estas reuniones. Pero su distracción dió lugar al conflicto que bruscamente estalló el día en que el ingeniero había ido a buscar a Franklin. Los obreros se negaron en redondo a seguir las obras y no hubo medio de obligarles a que entraran al trabajo.

Apenas llegó Franklin, mandó llamar a los negros. Acudieron Domingo y cuatro más.

—¿Qué os pasa?—preguntó Franklin—. ¿Por qué no queréis trabajar?

—Sabemos—contestó Domingo—lo que pretendéis

al hacer el dique.

—Y bien. ¿Qué os puede importar a vosotros que se haga el dique?

—Nuestros hermanos de Africa sufrirán con ello y nosotros no queremos hacerles ningún daño.

—Perded cuidado. Vuestros hermanos de Africa no tienen nada que temer del dique.

—Sí. Los europeos han dicho que si se construye el dique, ellos secarán el mar del Sahara y nuestros hermanos entonces no podrán vivir como ahora.

—No hagáis caso. Bastante trabajo tendrán los europeos para arreglarse en sus propios países en cuanto el dique esté terminado. Además, por su propio interés, dejarán el mar del Sahara tal como está. Les conviene contar con terrenos más cálidos que lo estará Europa dentro de poco. ¿A dónde, si no, irían ellos?

La cara de Domingo reflejó una sorpresa que él ni siquiera trató de disimular.

—Pero ellos nos han dicho...

Franklin ya no necesitó más para comprender la gestación de aquella huelga.

—Sí, y vosotros se lo habéis creído sin el menor inconveniente. Sois muy sencillos.

—Es verdad—contestó Domingo—. Y todos abusan de nuestra bondad.

—Todos menos nosotros. Ya sabéis que los Estados Unidos son vuestra segunda patria.

—Así es.

—Pues si es así, ¿cómo no habéis desconfiado de lo que os decían? Con vuestra conducta vais a perjudicar a los Estados Unidos momentáneamente. Vuestros hermanos no tienen nada que temer del dique, ya os lo he dicho. Vamos, volved a vuestro trabajo y no hagáis caso de lo que os puedan decir. Son agentes europeos interesados en entorpecer nuestra labor.

En efecto, eran agentes europeos los que habían maquinado aquel plan. Introduciéndose entre los trabajadores, habían logrado convencer a Domingo, cuya influencia sobre todos los negros conocían, de que iban a sobrevenir grandes males sobre los negros de Africa si el dique se construía. Europa—les decían—está dispuesta a todo y no tendrá otro remedio que desecar el mar del Sahara para compensar los fríos que traerá consigo la desviación del Gulf Stream. Y entonces los pueblos africanos que ahora gozan de un clima agradable volverán a los tremendos calores de antaño. Este razonamiento había hecho su efecto sobre Domingo, el cual comunicó a sus compañeros los propósitos atribuidos a Europa por sus agentes. Y aquel día, convencidos de que iban a evitar el peligro que a los pueblos africanos de los bordes del mar del Sahara amenazaba, declararon súbitamente la huelga.

Cuando Domingo y sus compañeros dejaron a Franklin ya todos los trabajadores negros estaban reunidos. Había algunas caras tristes, de los que pensaban en la necesidad de buscar un nuevo trabajo

cuando apenas habían comenzado aquel. Pero no había uno solo que no estuviera dispuesto a sacrificarse cien veces por sus hermanos. Los cariacontecidos eran, sin embargo, los menos. En la generalidad se veía una firme y tranquila resolución.

En medio de un gran silencio, Domingo se dirigió a un barracón donde se alojaba un ciento de sus compañeros y entró en él, seguido de unos veinte negros en quienes todos delegaron.

Una vez que se cerró la puerta, Domingo dijo:

—Creo que Franklin tiene razón y que hemos sido engañados por los europeos.

—¿Y si es Franklin quien quiere engañarnos?— repuso uno de los negros.

—No. Conozco a Franklin y sé que no es capaz de mentir. No respondo, en cambio, de los europeos—replicó Domingo.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No sé lo que pensarán los demás; pero mi parecer es que debemos volver al trabajo. De lo contrario, vamos a perjudicar a los Estados Unidos sin beneficiar en nada a nuestros hermanos de Africa. Quien únicamente saldrá ganando será Europa, y nosotros, que también saldremos perdiendo, seremos los culpables de todo esto.

—Domingo dice bien—repuso otro de los negros—. Estados Unidos y nosotros seremos los que perdamos con la huelga y Europa la que gane. Debemos reanudar el trabajo ahora mismo.

Todos estaban ya conformes.

Salieron y Domingo dijo a la enorme masa de cabezas negras que se alzaban con ansiedad:

—Hemos visto que no conviene la huelga. Los europeos trataban de engañarnos y han abusado de nuestra buena fe. Volved todos al trabajo.

Inmediatamente, alegres unos y tranquilos los más, se dirigió cada uno a su puesto. La huelga había fracasado.

Horas después salían de la zona del dique algunos hombres que hasta entonces habían trabajado en él. Se les ordenaba que se dirigieran a Europa por el camino más corto, bajo pena de ser muertos donde se les encontrase a partir del día siguiente. Eran los agentes de los Gobiernos europeos que habían provocado la huelga.

* * *

Los pueblos europeos no supieron nada del fracasado intento. Sólo los Gobiernos recibieron desencantados la noticia. Veían que todos sus esfuerzos se estrellaban ante la voluntad norteamericana. El horizonte se iba cerrando cada vez más y ya quedaban muy pocos caminos que seguir antes de llegar a un rompimiento definitivo. Sin embargo, resueltos a todo antes que desencadenar una guerra que repugnaba a sus costumbres y a su conciencia, resolvieron

emplear el último recurso.

El servicio francés de aviación recibió la orden de tener preparados para el primer aviso cincuenta de sus aparatos más poderosos. Se le adelantaba que iba a emprenderse una ardua empresa para la que se necesitaban los aviadores más escogidos.

Inmediatamente fueron llamados los cincuenta mejores pilotos y cien bombarderos. Se sacaron los aparatos, que fueron revisados cuidadosamente y aprovisionados para un largo viaje. Se miraron prolijamente los electroimanes y se pusieron a punto los estabilizadores. Las cámaras de municiones fueron provistas de torpedos aéreos que se dirigían desde el avión e iban cargados con voladita, el explosivo que se empleaba para remover las montañas más poderosas. Luego los aparatos fueron colocados en posición de partida.

Entretanto, los Gobiernos europeos conminaban a los Estados Unidos a la suspensión de los trabajos del dique. "Si los trabajos no cesan en el término de veinticuatro horas, volaremos el dique", decían.

El Gobierno yanqui esta vez se preocupó algo más de la actitud europea. Comprendió que Europa entraba en la desesperación y vió que era peligroso seguir despreciando sus tentativas sin tomar ninguna precaución. Se cursaron, pues, varias órdenes; pero el dique continuó acercando la una a la otra sus extremidades poderosas.

Al atardecer del día siguiente, cuando la luz del

día iba disolviéndose en la noche, un grupo de hombres provistos de potentes anteojos registraba el horizonte que iba entenebreciéndose cada vez más por la parte de Europa. Estaban sobre el mismo dique en el extremo cubano.

—Ya están ahí—dijo de pronto uno de ellos. Y apretó un botón de una caja abierta que tenía a su lado.

En efecto, al poco rato, apareció a lo lejos una bandada de pájaros. Al menos eso parecía a distancia.

Cuando se acercaron pudo apreciarse mejor su naturaleza. Eran los cincuenta aparatos franceses que venían a destruir el dique. En cuanto se pusieron a la altura de éste, se detuvieron y quedaron posados en el aire.

Entonces se vió una cosa rara. De los aparatos comenzaron a caer unos cuerpos grandes y alargados con aletas, como tiburones, que después de describir algunos zigzags, se sumergieron en el mar levantando montañas de agua.

Los aparatos seguían quietos en el aire, sin avanzar ni retroceder, sin bajar ni subir. Desde abajo y con ayuda de los anteojos podía verse a los hombres que los tripulaban accionar enérgicamente y moverse con inquietud.

Pasaron horas y horas. A los dos días, los cincuenta aparatos fueron descendiendo suavemente y tomaron tierra en las inmediaciones del dique, en la cos-

ta cubana. Acto seguido fueron presos por los norteamericanos. Los hombres que conducían fueron inmediatamente llevados a los Estados Unidos. Las tentativas europeas habían fracasado una vez más.

Lo que había sucedido era, simplemente, que los Estados Unidos habían echado mano de sus poderosos medios de acción y habían anulado por completo a la escuadrilla francesa. Por medio de aparatos cuya estructura se mantenía en el mayor secreto podían inutilizarse a distancia los electroimanes que propulsaban a los aviones y los motores de los torpedos destructores. Sólo se sabía que aquellos aparatos descargaban poderosas corrientes eléctricas que dejaban los electroimanes absolutamente inertes. Entonces los aviones quedaban abandonados y sólo podían descender después que los estabilizadores, faltos de regulación, ponían en peligro la vida de los tripulantes. Esto era lo que había sucedido a la escuadrilla francesa, que se perdió completamente.



CAPITULO V

LA GUERRA, MONSTRUO IMPLACABLE....



Al saberse el fracaso del bombardeo aéreo del dique fué imposible contener al pueblo yanqui. Rabioso, herido en lo más hondo de su orgullo por la osadía europea y no concibiendo que en la Tierra hubiese quien se atreviera a oponerse decididamente a su voluntad, gravitó con todo el peso de su masa sobre el Gobierno norteamericano para que castigase como se merecía la inexplicable audacia europea. Y la guerra fué declarada.

En Europa la noticia del fracasado ataque había producido un estupor que bien pronto se convirtió en una general censura a sus Gobiernos.

—El dique hubiera volado—decía uno—si no se hubiese cometido la tontería de avisar a los yanquis, dándoles tiempo para preparar la defensa.

—Sí, hombre. En estos casos el que da primero da

dos veces.

Gentes más cultas defendían, sin embargo, el procedimiento seguido. Los Gobiernos han hecho bien—decían—en avisar previamente a los Estados Unidos de lo que iban a hacer. Eso es lo caballeroso y lo prudente, puesto que podía haber sucedido que los norteamericanos, en vista de la decidida actitud europea, hubieran reflexionado y lo que no consiguió hasta entonces el requerimiento amistoso lo hubiese alcanzado el temor. Por otra parte, ¿a qué hubiera conducido la voladura del dique? Habría sido preciso estar volándolo cada semana, pues los yanquis, (que ya se ha visto que no desisten de su idea) lo reharían sin cesar y lo defenderían además.

Horas después de la noticia del fracaso de la escuadrilla aérea llegó a Europa la de la declaración de guerra. La gente esperaba que los Estados Unidos, con su poderosa escuadra naval y sus numerosísimos aparatos aéreos, vendrían pronto sobre Europa. Y empezaron a apurar a sus Gobiernos para que organizaran inmediatamente la defensa. Entonces se dió cuenta Europa de su desventajosa situación. Confianza en su pacifismo y creyendo, por un espejismo muy humano, en que los demás pueblos seguían la misma trayectoria que ella, había olvidado la posibilidad de nuevas guerras y descuidado la protección de sus territorios contra agresiones que pudieran sobrevenir. Desde la gran guerra de 1914 a 1918, en la cual habían luchado un montón de pueblos poniendo en gra-

ve peligro la vida de Europa, ningún conflicto importante había interrumpido el camino ascendente de la vida europea hacia aquel armonioso equilibrio de todas las energías humanas que constituía el ideal pregonado por su educación.

Ahora, al súbito despertar del rompimiento con Norteamérica, una conmoción sacudió a todos los europeos. Las nubes se habían amontonado hasta llenar el firmamento con sus masas oscuras. La tempestad iba a estallar. Y Europa no tenía apenas nada que oponer a los terribles trallazos de los rayos norteamericanos.

La fiebre del peligro invadió a todos. Un inmenso movimiento envolvió a los Gobiernos y secundó ardentemente sus iniciativas. Los laboratorios permanecían abiertos día y noche. Los sabios tomaban preparaciones para combatir el sueño y se pasaban en vela y trabajando veintitrés de las veinticinco horas del día. Buscaban mecanismos, aparatos, disposiciones capaces de anular los poderosos medios de destrucción norteamericanos o de reducir a la nada los ejércitos enemigos.

El pueblo entero, abandonando todo, olvidando sus fiestas, dejando sus cariños, secundaba con sus manos el delicado trabajo de los sabios. Las fábricas transformaron sus máquinas; las empresas de construcción comenzaron a edificar solidísimos fuertes en todos los puntos más importantes; se realizaron obras de defensa en los puertos y la costa atlántica

fué cubierta por una red de explosivos submarinos. El estrecho de Gibraltar fué cerrado igualmente y su puente protegido por defensas antiaéreas.

En los astilleros la actividad era intensísima. Cada semana entraban en el mar numerosos barcos de superficie, destinados a vigilar las costas y defenderlas. Otros, los esturiones, ágiles submarinos cuyo papel era hostilizar los barcos contrarios, mientras los tiburones, grandes buques también submarinos, tenían por misión atacar los puertos enemigos y, sobre todo, el dique. Un ingeniero italiano, Alessandri, había inventado un buque de nuevo tipo, imitado del torpedo marmorata, que lanzaba formidables corrientes eléctricas capaces de poner fuera de combate a las tripulaciones de los barcos situados en un radio de un kilómetro y desmantar los aparatos eléctricos de esos buques.

Pero donde los Gobiernos europeos habían puesto su confianza era en el invento de un químico alemán, Braunsweig, que había logrado encontrar un gas que, sometido a grandes presiones, era encerrado en proyectiles de mediano tamaño y se difundía al estallar éste en una zona de varios kilómetros, asfixiando a cuantos seres vivientes se hallaran en ella. Los Gobiernos europeos contaban con este invento para atacar a los Estados Unidos en sus principales poblaciones cuando llegara el caso de ir sobre la gran República.

El viejo continente vibraba con la trepidación de

un tanque en marcha. Los hombres estrujaban sus cerebros y hacían volar sus manos para obligar a las cosas a que sirviesen a sus designios. Todo retemblaba, crujía y se transformaba. Europa estaba forjando su lanza y su armadura.

Y era de ver cómo, una vez más, la Humanidad acreditaba su fondo sanguinario al través de todas las apariencias de una evolución moral que parecía haber matado en ella los instintos salvajes de destrucción. Ciertamente, la guerra para la cual se preparaba Europa con tal entusiasmo le había sido impuesta y le iba además en ella su propia vida. Pero se notaba en las multitudes un afán, hasta un alegre deseo de combatir, que se compaginaban mal con los sentimientos que debiera haber formado la educación pacifista del siglo XX.

Parecía lógico que desde la gran guerra de 1914 a 1918, un siglo justo antes, habría tenido tiempo de ir amortiguándose el ímpetu guerrero de aquellas generaciones educadas en amor y trabajo. Pero ahora los acontecimientos venían a probar que sólo estaba adormecido el furor bélico que tanto daño había hecho al mundo. El tiempo, que todo lo borra, había hecho desaparecer hasta el recuerdo de aquellos horrores pasados. Ahora se acogía con gozo la ocasión de destruir definitivamente, si fuera posible, a otro gran pueblo temido y odiado.

Todos contribuían con su energía plena a la más perfecta preparación guerrera de Europa. Y si en

el aspecto material la obra que iba realizándose era formidable, los intelectuales, por su parte, tenían a su cargo la conservación del fuego que caldeaba los espíritus. Periódicos, emisiones radiotelefónicas, todos los medios de propaganda eran empleados para mantener vivo el ardor general. Sólo faltaba concretar en pocas palabras los sentimientos que reinaban en todas partes.

Un día, de una estación radiotelefónica italiana, partió un mensaje que electrizó a toda Europa. Un estudiante había compuesto en una noche un canto que tuvo el acierto de recoger en sus estrofas los varios y dispersos sentimientos que agitaban febrilmente a todos los pueblos europeos.

El canto estaba construido en el estilo poético entonces predominante y que era bastante distinto de los versos usados hasta mediados del siglo XX. Ya a principios de este siglo, algunos poetas comenzaron a escribir de una manera entonces revolucionaria. Defendían la libertad de la poesía para plegarse sin obstáculo a la expresión. Afirmaban que en los moldes entonces usuales, el metro y la rima, no podían vaciarse fielmente las ricas modalidades del espíritu humano. Y pedían y llevaban a sus obras un género de verso que sus contemporáneos encontraban demasiado semejante a la prosa, pero en el cual, sin embargo, los oídos mejor cultivados notaban una real armonía muy distinta del sonsonete antiguo.

El movimiento fué ganando terreno y ya a media-

dos del siglo XX se miraba como una aberración el hecho de que los hombres se hubieran contentado durante siglos con un régimen tan férreo que tratara de encerrar una cosa tan suelta y tan libre como el sentimiento y el pensamiento en una medida fija y en un martilleo insoportable con el cual se quería reemplazar la armonía expresiva de la música interna. Del antiguo verso sólo había quedado el ritmo, pero un ritmo ágil, flexible, que galopaba con soltura y se plegaba estrechamente al pensamiento.

En esta manera poética se había compuesto el canto del joven estudiante italiano. Cuando la radiotelefonía lo dió a conocer y lo esparció por los cuatro puntos cardinales, una ola de ferviente entusiasmo envolvió a todos los europeos en una emoción común. El canto reflejaba exactamente los sentimientos más hondos y los más puros amores de los hijos de la vieja Europa. Y al mismo tiempo, sin jactancia, con un dolido amor, se reprochaba a Norteamérica su siniestra intención. Su autor había querido que fuese una especie de plegaria y lo llamaba "La oración de los europeos". El canto decía así:

¡Europa, infinito amor nuestro!

*Ingratos hijos dicen que tus ojos cegaron de vejez
y que no tienes fuerzas para seguir viviendo.*

*¿Quién tomó por irremediable decadencia
el corpulento tronco y la copa frondosa de la encina?*

*¡Señor, Tú que pusiste la luz en nuestros ojos,
alumbra con claridad de sol
a los que niegan la robustez serena de nuestra vieja Europa!*

* *

¡Señor!

Los hombres del Mayflower olvidaron su cuna.

Europa los meció.

Diles que aquí rieron y lloraron por la primera vez.

Diles que aquí crecieron,

que aquí amaron

y que odiaron también.

Recuérdales cómo de nuestros bosques nacieron las tablas del Mayflower.

En nuestras fraguas se forjaron sus hierros

y en nuestras ruedas sus cordajes.

Nosotros, Señor, les hicimos partir.

Es verdad.

No quisieron vivir en nuestro forcejeo familiar.

Pero les dimos una casa en el mar

y les tuvimos siempre por amados hermanos apartados.

* * *

Diles, Señor, que Europa alumbró a América

y que la Tierra entera ha sido puesta al sol

por el potente ardor de nuestros temerarios descubridores.

Colón, Vasco de Gama,

Magallanes y Elcano,

Cook, Livingstone, Stanley,

Nordenskjold, Nansen, Scott

y Amundsen.

Hombres de acero y luz que,

cual rejas de arado,

fueron abriendo el surco a los nuevos caminos.

* *

¡Gentes de Norte América, acordaos!

¿A quién debe el Japón su nueva vida?

¿De dónde viene la producción inmensa de la India?

¿Quién recoge los dulces frutos de sol de Oceanía?

Y la riqueza imponderable de Sud América, ¿quién la parió?

¡Europa, siempre Europa, eternamente Europa!

* *

El pensamiento europeo voló con alas de paloma,

blancas, fuertes,

por todos los cuadrantes de la Tierra.

Los anhelos del alma,

los deseos del cuerpo

tomaron su lenguaje.

Y los cerebros de los cientos de razas

se miraron en él como en un claro espejo.

¡Acordaos, ingratos hijos nuestros, acordaos!

* *

¡Te han olvidado, Europa, tierra nuestra!

¡Tú, que estás amasada con la carne y los huesos de nuestros antepasados!

¡Que eres un magma donde bullen,

como incontables gusanos de luz,

las almas inmortales de nuestros abuelos!

¡Y de los vuestros también, gentes de Norte América!

¡Europa,

vieja madre,

tú eres el hilo que enlaza nuestras vidas a! Origen de todo!

Y en tu seno maduro y lleno de fecundidad,

colmado de rosas eternas,

van naciendo sin cesar flores frescas

con el olor sagrado de lo viejo y el perfume celeste de lo nuevo.

* *

¡Remember, Norte América!

Aquí están los hogares que vosotros dejasteis.

*Aquí visteis subir tranquilamente el humo azul de vuestras chimeneas,
a lo lejos,*

viniendo del trabajo,

en los atardeceres de verano.

Aquí amasteis y os hicisteis amar.

Y lloraisteis también.

Todo está escrito en las viejas paredes

de las humildes casas de vuestros mayores.

*Las casas que encerraron vuestras infantiles preguntas
y los besos de vuestros abuelos.*

*Las casas pobres, recogidas y llenas del aroma de incienso
dejado por mil generaciones que pasaron.*

Vuestras casas,

ingratos norteamericanos,

que dejásteis como nidos vacíos.

¡Y queréis aplastarnos!

Intentáis convertir en un desierto

las hermosuras de nuestra vieja madre.

Los rincones agrestes de nuestros montes,

santificados por las pisadas de tantos alpinistas arriesgados

y por los caseríos de los valientes montañeses.

La frígida agudeza de sus crestas

y el bordado ropaje de sus faldas.

¡Circo de Garvanie,

cañón del Tarn,

inmaculados picos de la Jungfrau!

¡Límpidos lagos de Ginebra,

de los Cuatro Cantones,

de Como y de Zurich,

de Neuchatel y Garda!

¡Hermoso lago de Constanza!

¡Cristalinos espejos donde Europa se miró siglos y siglos!

Una sed insaciable os quiere desecar.

Señor,

¿consentirás en que las nubes,

tus fieles mensajeras,

se olviden de estas tierras

y no les den su sombra ni les traigan su agua milagrosa?

¿Consentirás, Señor, que Europa pierda

estos ojos de plata con que te mira a todas horas?

* *

*Por los llanos franceses y flamencos circulan dulces ríos
que los ingratos hijos de Norte América quisieran agotar.*

En las praderas verdes juegan niños,

pastan animales amigos

y millones de flores lanzan alegremente al aire

sus cabecitas coloreadas.

La paz, una paz absoluta, llena de rumores amables,

canta bajito tu amor, Señor, por nuestra madre Europa.

Y en los hayedos venerables,

en los pinares serios

*y en los forzudos robledales
las hojas pulsan mansamente sus xilófonos innumerables.
¡Selva Negra, Landas, Irati,
arboledas francesas y flamencas,
selvas noruegas,
pinos de Albarracín,
enviad vuestros silenos y hamadriadas a los bosques nuevos de América!
¡Despertad las dormidas memorias de aquellos ingratos hijos de Europa!*

* *

*¡Ya no se acuerdan de las bellas leyendas del Rhin!
¿Será posible, Señor, que olviden su niñez?
¿Que olviden la alegría maravillosa del Mediterráneo azul?*

* *

*¿Quién cantó tus trabajos,
Señor,
y los nuestros,
tus obras y las nuestras,
Señor,*

como la vieja Europa?

Las hondísimas canciones andaluzas,

tristeza y sol,

las alemanas melancólicas,

las vascas dulces,

las melodiosas italianas,

todas las puras canciones populares

han sido y son un coro de alabanzas a Ti,

Señor.

¿Qué pueblos te han cantado como los nuestros,

Señor,

Dueño de todo?

Cuando los aires mismos se serenán

oyendo la severa armonía del canto gregoriano.

¿no bajas Tú,

Poderosísimo,

y te difundes por montes y por llanos,

mar y tierra,

para que el hombre sienta tu augusta presencia?

* *

Dales,

Dios nuestro y suyo,

la vista que les falta para adorarte en este altar de Europa.

Muéstrales a su madre, llena de amor a Ti,

borrando el paganismo,

luchando inacabablemente con Mahoma

y ahogándose en guerras fratricidas por ansia de verdad.

Enséñales a Francisco Javier y a tantos misioneros

que, cual rayos de luz,

te han mostrado por la entera redondez de la Tierra.

¡Tú has sido, Europa, sembradora de Cristianismo!

* *

Hazles ver,

Creador de la luz,

cómo nuestros antepasados supieron convertir la piedra en aire.

Cómo los masoneros,

*en el telar sencillo de sus manos,
tejieron los encajes de tus maravillosas catedrales.
Y antes,
cuando sin conocerte bien,
levantaron la claridad y la armonía de los sencillos templos griegos.
Enséñales,
Señor,
estos prodigios y pregunta:
¿Quién, en su juicio, querrá matar
a los que me adoraron tan fervorosamente?*

* *

*Sabed también, gentes de Norte América,
lo que debéis a Europa:
Los carros de vapor,
fuertes, veloces,
que han permitido hacer de la Tierra una calle.
Los palacios marinos,
ciudades que navegan y han hecho urbano el mar.*

La presencia a distancia,

verse y oirse desde todos los puntos de la Tierra.

El día en medio de la noche.

El poder de las cosas en el puño del hombre.

¡Fuerza, sentido eléctrico, Europa os descubrió!

¿Y los hombres volando más alto que las aves?

¿No se rompió definitivamente aquí

la cadena que ata al hombre a la Tierra?

La sensación divina de flotar en el aire,

¿no se sintió aquí por vez primera?

Europa fué quien dió a las cosas eternidad y omnipresencia

fijándolas en el papel o en la pantalla.

¡Señor, Señor, que todo esto se olvide!

¡Y que quieran hacer un páramo de esta ara sagrada!

* *

¿Por qué no les mostráis, Omnipotente,

todos nuestros esfuerzos por crear

tipos perfectos de hombres?

*Las admirables máquinas humanas
de nuestros armoniosos atletas completos,
educados en Ling y Hébert.*

*Los ponderados espíritus de Europa,
formados en amor y valor.*

*El paso poderoso y seguro de los europeos
hacia Ti, Hacedor del Universo.*

¿Qué otra cosa mejor ha producido el mundo para honrarte. Dios santo?

* *

*Una profunda ingratitud les ha cerrado
los ojos que Tú abriste.*

*Y ni ven la constante ascensión de nuestros pensamientos
al través de los siglos,
ni la acerada fortaleza de esta sagrada tierra europea.*

*Como muralla impenetrable
te has alzado tú, vieja madre nuestra,
ante el empuje maloliente
de las salvajes hordas de la estepa.*

Asia pugnaba contra ti.

Y resististe.

Ahora son hijos carnales tuyos

los que arriman sus hombros por el otro costado

para hundirte, matrona venerable.

Pero tú, fuerte aún, llena de vida.

apretarás contra el suelo los pies

y a cada nuevo empuje el muro se alzaré arriba, más arriba.

Y Dios podrá sentarse sobre él

como en un trono que la vida y la historia de Europa sostendrán.

¡Te amenazan, Europa!

Y han olvidado que eres el yunque

donde se forjaron los peores y los mejores hombres.

Calígula y Nerón,

Livingstone y Javier

salieron de esta fragua.

Y los millones de hombres que vivieron

*en la dorada Italia,
en la suave Inglaterra,
en la hosca España,
en las tierras apacibles de Flandes,
sobre la dulce Francia
y en la fría Alemania
forcejearon siglos y siglos
y la lucha los doctoró como maestros en herir y matar.
¿Creéis, oh, ingratos norteamericanos,
que será fácil acabar con nosotros?
¡Meditad, imprudentes, meditad!*

* *

*En este yunque ingente forjaremos la lanza
que llegará hasta vuestro corazón.
Su punta llevarán nuestras máquinas por el aire y por el mar.
Y Europa entera será el asta
que empuje para cavar la herida que os ha de matar.*

* *

¡Europa, madre Europa, tú no puedes morir!

Eres la antorcha resplandeciente

en la que Dios puso hace ya muchos siglos luz inmortal.

¡Seguro y adelante!

Tu paso es firme y no te detendrás.

Por siempre, eternamente, tú serás la estrella de los Magos

para todos los pueblos de la Tierra.

¡Señor, da a tu vieja Europa la vida perdurable,

mírala con amor

y abre los ojos de sus amados hijos,

vueltos ahora contra ella!

¡Señor!.....

La emoción producida por este canto en todo Europa fué grandísima. Expresaba tan bien los encontrados sentimientos de dignidad, de legítimo orgullo, de hermandad humana y de deseo de castigar los siniestros propósitos norteamericanos, que todos los pueblos europeos lo acogieron como su himno de combate. La estrofa final, en la que palpitaba la fe de los europeos en su porvenir, hacía estremecerse en un fervoroso entusiasmo a todos cuantos la oían o decían.

Sin embargo, algo le faltaba a este canto para que fuera la expresión completa del alma europea vibrando al unísono ante el peligro aterrador que se bamboleaba, pronto a desplomarse sobre el viejo continente. Y lo que le faltaba le fué dado en breve plazo. Un músico vasco, Alzania, lo dotó de una melodía asombrosamente adaptada a los variados sentimientos que se manifestaban en él. La melodía, de una profunda gravedad general, tenía a veces arrebatos en los que parecía elevarse hasta los cielos. Las frecuentes invocaciones al Señor estaban caracterizadas por un aire de doliente y religioso respeto. Cuando el canto detallaba los beneficios que la Humanidad debía a Europa, la música adquiría un sello de nobleza mezclada de satisfacción, como si realmente los *pueblos europeos estuviesen recibiendo el debido homenaje de los otros hombres por el bien recibido*. En cambio, las invectivas, las amenazas a los norte-

americanos poseían un coraje, un ardor que levantaba a las multitudes y las enardecía hasta el delirio.

Pronto todo el mundo conoció y dominó el himno. Y en las fábricas, en los talleres, en todos los lugares de trabajo, a cada paso surgía una voz que inmediatamente era secundada por otras muchas bien educadas musicalmente y el himno se elevaba potente, medurado, como la pausada respiración de las almas embargadas por una causa justa.

A lo mejor, en medio del campo, brotando del lugar donde estaba una máquina trabajando la tierra, invadía el espacio una voz fuerte que se animaba a sí misma con las estrofas poderosas de "La Oración de los Europeos". Europa entera se cantaba a sí misma y llenaba los aires con sus dolidas quejas al Señor y sus reproches a los engreídos norteamericanos.

En los Estados Unidos, donde se conoció el canto de los europeos inmediatamente de compuesto, gracias a la radiotelefonía, no dejó de causar impresión. Sobre todo, las gentes más cultas y enteradas de lo mucho que América y el mundo entero debían a Europa, sintieron remordimientos que comenzaron a expresarse en las conversaciones y más tarde en la Prensa y en conferencias radiotelefónicas. Pero la masa, que estaba engolosinada con las delicias que le iba a traer la desviación de la corriente del Labrador, anuló pronto la acción conciliadora que empezó a manifestarse.

—Qué tenemos que ver nosotros—decía un contra-maestre—con esas cosas que los europeos dicen que les deben nuestros antepasados? Donde naces, paces. Norteamericanos somos y no europeos y nada tenemos que preocuparnos de aquel continente que empieza a chochar.

—Pues es claro—continuaba otro—. Los europeos son muy descontentadizos y quieren seguir acaparando los descubrimientos y las invenciones. Y en eso se tienen que callar, porque hoy los Estados Unidos son el primer pueblo del mundo en saber vivir y en dominar a la Naturaleza.

—A eso te dirán—replicaba otro—que ellos han hecho más que nadie por perfeccionar el espíritu humano.

—¡Lilailas!—saltaba el contra-maestre—. ¿Dónde se vive mejor que en los Estados Unidos de América? Aquí no tienes más que abrir la boca para tener satisfecho tu deseo. Los pobres se agarran siempre a eso del espíritu para justificar su resignación.

Esta era la psicología dominante que deshizo pronto las voces pacificadoras que empezaban a sonar. Europa debía abandonar toda esperanza.

* * *

La fiebre de trabajo que reinaba en Europa se pro-

yectaba hasta Norteamérica. Mientras por un lado los europeos se preocupaban intensamente de los preparativos para la lucha, ponían por otro cuantos recursos podían para enterarse de los elementos de combate de que disponían los Estados Unidos.

Mas a pesar de los esfuerzos europeos por llegar hasta las fábricas y talleres norteamericanos, nada pudo saberse. Se tenía la seguridad de que los yanquis contaban con mecanismos perfeccionadísimos ofensivos y defensivos, pero no se pudo lograr el menor detalle sobre ellos. Lo único cierto era que cualquier máquina aérea que intentara acercarse a menos de cincuenta kilómetros de la costa norteamericana tenía que volverse rápidamente antes de quedar prisionera. Alguna disposición ingeniosa permitía a los yanquis darse cuenta en el acto de la presencia de los aparatos voladores enemigos.

Alguien apuntó la idea en Europa de que se trataba de algo parecido a los medios empleados para descubrir los submarinos que se aproximaban, idea ya vieja, que fué aplicada aunque imperfectamente, en la guerra europea de 1914 a 1918. Pero como los motores eran absolutamente silenciosos en 2014, esta explicación no aclaraba el hecho y los sabios estrujaban sus cerebros buscando el medio de salvar la inmateral barrera puesta por los norteamericanos a las escuadras aéreas de Europa.

A todo esto, el dique avanzaba valientemente sobre

el mar. Sólo faltaban ya unos cincuenta kilómetros para el cierre. El Gulf Stream pasaba por el boquete rabioso, lanzando furiosas olas sobre el dique y retorciéndose colérico en formidables remolinos que hacían imposible la navegación por aquellos parajes. Como una gigantesca serpiente que se viera obligada a pasar por un agujero estrecho para ella, se revolvió sacudiendo tremendos coletazos. Parecía imposible oponer ninguna resistencia al furor de la corriente embravecida. Pero el dique se mantenía intacto e iba adentrándose con paso seguro por sus dos extremos.

Pasaron unas semanas. Los Gobiernos europeos esperaban que los Estados Unidos vinieran a atacarlos. No contaban con el desprecio de los Estados Unidos y con su sentido práctico. Mr. Adams decía hablando con sus ministros:

—No me explico cómo tarda tanto Europa en intentar venir sobre nosotros.

—Esperan, sin duda, a que seamos nosotros los que tomemos la ofensiva—contestó uno de los ministros.

—Esa manera de pensar encaja muy bien en la actual psicología europea. Creen ellos que nuestro interés único está en acabar con Europa. Esta es una cosa que no nos preocupa mucho. Lo que queremos es aumentar el bienestar de los Estados Unidos. Si Europa sale perjudicada con nuestros proyectos no

vamos por eso a dejar de realizarlos. Ellos dicen que obran en defensa propia. También nosotros. Y como a nosotros lo que nos importa es terminar cuanto antes el dique, no vamos a entretenernos en esta disputa ni ir a buscar pendencia con los que, después de todo, nada pueden contra nosotros. En cambio, a ellos sí que les importa que el dique no se construya y debían emplear todas sus fuerzas en evitar el cierre del Estrecho de la Florida. Por eso decía al principio que no me explicaba la tardanza de Europa en atacarnos.

Pero la explicación era sencilla. Los Gobiernos europeos más bien que esperar el ataque norteamericano, lo que hacían era temer iniciarlo ellos. Aunque muy incompletamente, conocían los formidables elementos de combate que los Estados Unidos poseían y sabían lo mucho que arriesgaban al querer lanzarse sobre ellos. Porque mientras la gran República, deseosa de no encontrar jamás una resistencia formal a sus proyectos, se había cuidado de poseer una capacidad ofensiva y defensiva por nadie superada, Europa, animada por sus ideales de confraternidad humana y de armonía social, se había preocupado muy poco de la creación de medios destructores que no le eran necesarios para vivir en amigable compañía con sus semejantes.

Esta era la razón de la pasividad europea. Y seguramente en la lucha que se avecinaba los Estados Unidos llevarían la mejor parte. Lo sucedido con oca-

sión del intento de voladura del dique constituía una lección que los Gobiernos europeos no habían desatendido. Entonces vieron que lo que para Europa era una novedad, se tenía en Norteamérica por cosa dominada hacía ya muchos años. Y la sospecha de que los Estados Unidos contaran para el momento del encuentro con invenciones poderosas de las que no se tenía la menor idea, detenía a los gobernantes de Europa en su deseo de tomar la ofensiva.

* * *

Habían pasado algunos meses desde el día de la declaración de guerra. El recuerdo de la fracasada aventura aérea, que había quedado sin condigno castigo, mantenía vivo entre los norteamericanos el anhelo de hacer ver claramente a Europa la incuestionable superioridad yanqui. Por la otra parte, los europeos, a quienes el canto del joven estudiante italiano y del músico vasco había enfervorizado, creando en los espíritus la convicción de que iban a luchar por la vida y el porvenir de Europa, estaban deseosos de imponer por la fuerza a los norteamericanos la justicia de su causa.

Pero el factor que iba a precipitar los acontecimientos era el dique. Silenciosamente, con su paso seguro de mónstruo, el muro artificial iba rompiendo

el mar. Todavía no se había notado ningún cambio porque el Gulf Stream corría aún, rugiente y agitado, por el boquete cada vez más estrecho. Ya pronto la obra tocaría a su fin. Y entonces Europa, aterida, horrorizada, vería caer sobre ella la miseria y el hambre.

Europa no podía resistir por más tiempo. Y sus Gobiernos, con el corazón henchido de temor, decidieron, más que atacar a los Estados Unidos, hacer el supremo esfuerzo por destruir el dique.

Como el Ejército se había convertido en cada uno de los pueblos europeos en una especie de Cuerpo de Policía interior con muy poco trabajo, por cierto, a causa del alto grado de moralidad reinante en todos los países del viejo continente, hubo que improvisar también los organismos encargados de planear y llevar a cabo la operación proyectada. Preferentemente se echó mano de los ingenieros, ya que el ataque había de ser realizado por aparatos marinos y máquinas aéreas.

Los Gobiernos dieron la orden de reunirse en el puerto español de Vigo a todas las construcciones navales botadas en los anteriores meses de preparación febril. Las máquinas aéreas se juntaron en la gran llanura francesa situada entre Mont de Marsan y Burdeos. La escuadra aérea tenía por misión proteger a los aparatos marinos e intentar, caso de que fracasara la destrucción del dique, un ataque a Nue-

va York con objeto de intimidar a los yanquis. Lo esencial era desbaratar el dique, que constituía el peligro más inmediato. Conseguido esto, habría más tiempo, bien para entablar negociaciones o si no, para llevar adelante la lucha en mejores condiciones.

Bastante anticuados resultaban los mecanismos que Europa iba a lanzar al combate. Casi todos venían a ser tipos diferentes de submarinos con misiones distintas. Los había pequeños y rápidos, los esturiones, para hostilizar a los aparatos enemigos y proteger a los grandes submarinos, los tiburones, encargados de lanzar los poderosos explosivos que habían de volar el dique. En el invento de Alessandri, el del buque imitado del torpedo marmorata, no se podía tener demasiada confianza porque se ignoraba si los yanquis dejarían acercarse siquiera a la escuadra europea a distancia suficiente para que pudiese hacer efecto.

Los Gobiernos europeos confiaban más en el invento de Braunsweig. Contaban con que, por sorpresa, sería posible a las máquinas aéreas marchar sobre Nueva York y dejar caer allí varios proyectiles cargados con el gas de extraordinaria potencia difusora. Duro les resultaba tener que acabar con la numerosísima población de la enorme ciudad norteamericana; pero ante el caso de vida o muerte que se les planteaba, no vacilaron más y dieron la orden de ir sobre los Estados Unidos.

El puerto de Vigo parecía un maremágnun. Su extensísima rada estaba llena de aparatos que asomaban a flor de agua sus lomos brillantes y verdosos, del color del mar, en los que podían verse ventanas de un cristal especial por el cual llegaban al interior las imágenes de los objetos situados sobre la superficie. Ya hacía mucho tiempo que habían desaparecido los periscopios y se había llegado a obtener la imagen directa dentro del agua de las cosas existentes fuera de ella. La ciudad de Vigo se había inundado de gentes de todas las nacionalidades europeas que fraternizaban y trabajaban rodeados del interés y de las atenciones de los indígenas. Por las noches, poco antes de entregarse al sueño, la población entera vibraba unánimemente en una fervorosa plegaria: era "La Oración de los Europeos", comenzada por las tripulaciones de los submarinos y secundada inmediatamente por todos los habitantes de Vigo. El canto resonaba majestuosamente en el silencio de la noche. Y cuando llegaba la estrofa final:

*¡Señor, da a tu vieja Europa la vida perdurable,
mírala con amor
y abre los ojos de sus amados hijos, vueltos ahora
[contra ella!
¡Señor!...*

el aleteo de un enorme suspiro de esperanza y dolor

parecía subir hasta el cielo y perderse poco a poco, disuelto en el silencio de la noche. Ya después nada se oía. La punta de la lanza europea descansaba, mirando a Norteamérica.

En la llanura francesa se habían encontrado las máquinas aéreas de Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica e Italia. Había hermosos aparatos, rápidos y seguros, capaces de estar una semana en el aire sin descender al suelo. Los tipos de aeroplanos de principios del siglo XX, los primeros que habían comenzado a utilizarse de una manera práctica, se habían modificado hasta tal punto que podía decirse que desaparecieron totalmente para no volver. Aquellos armazones frágiles, con planos que querían imitar las alas de los pájaros, habían sido completamente abandonados. Los constructores comprendieron que la perfección no había de ser alcanzada por imitación de las aves, sino por otros medios exclusivamente reservados al hombre. Por fin, y gracias a las aportaciones que fué dando un conocimiento más profundo de la electricidad, se llegó, por mejoramientos sucesivos, a encontrar el medio de construir máquinas aéreas que no tenían ningún parecido con los aeroplanos o dirigibles de principios del siglo XX.

Las máquinas aéreas en 2014 se asemejaban a prismas rectangulares alargados cuya proa terminaba en punta. En la parte más próxima a ésta se hallaban instalados los aparatos propulsores y estabili-

zadores. En realidad, estas máquinas aéreas carecían de motor. La ascensión se obtenía por la acción de potentes electroimanes de una calidad especial que apartaban a la máquina de la tierra; el descenso se obtenía por la acción contraria. La propulsión se conseguía de un modo muy sencillo e ingenioso a la vez. De muy antiguo era conocida la atracción que los polos ejercen sobre una aguja imantada. Este hecho había sido utilizado para lograr, por atracción o repulsión de la máquina aérea al polo terrestre más cercano, el movimiento de avance, que era luego llevado en el sentido conveniente por la compensación de la atracción y de la repulsión. Los estabilizadores aseguraban un equilibrio perfecto, pero debían ser regulados frecuentemente.

El interior de estas máquinas estaba dotado de las mayores comodidades y no faltaban, desde luego, la calefacción suficiente para resistir las bajas temperaturas de las grandes alturas ni los mecanismos que aseguraban una respiración fácil allí donde el enrarecimiento de la atmósfera podía ser un peligro para el hombre.

Sin embargo, los pueblos europeos se veían en este terreno tan poco preparados como en la cuestión de los aparatos marinos. Sus esfuerzos durante todo el siglo XX se habían dirigido exclusivamente a la aviación comercial y se encontraban ahora sin máquinas concebidas y ejecutadas con un fin puramente bélico.

Fué, pues, necesario improvisarlo todo y adaptar mal que bien las pacíficas máquinas de transporte para una acción ofensiva.

Inauditos fueron los esfuerzos realizados por los Gobiernos europeos para conocer algo de lo que, indudablemente, los Estados Unidos preparaban para defenderse. Todos fracasaron. Sólo algunas palabras recogidas por las estaciones radiotelefónicas permitieron suponer que en diversos puntos de la costa oriental norteamericana y sobre todo, en las cercanías del dique, se habían instalado mecanismos cuyo funcionamiento y objeto se ignoraban.

* * *

Por fin, en la tarde de un día de verano, las dos escuadras recibieron la orden de partir. La orden se dió secretamente, con objeto de coger por sorpresa a los Estados Unidos. Ninguno de los expedicionarios dejó traslucir la noticia de su marcha. Sólo al cantar el himno a Europa algún testigo que hubiera podido oír aquel inmenso coro sin conmoverse habría llegado a percibir como un involuntario temblor en las innumerables voces que vibraban armoniosamente.

Hacia la media noche, las escuadras partieron en medio de un gran silencio. Y cuando, al amanecer, los pueblos europeos supieron que quizás para aquella

¡Señor!...

en la que cada europeo ponía su alma entera, sus amores, sus odios, sus dolores, su corazón atenazado.

Entretanto, las dos escuadras europeas habían intentado aproximarse a la costa norteamericana y al dique. A última hora se había decidido, en vista de la poca confianza que instintivamente se tenía en el éxito de la expedición, que las máquinas aéreas encargadas del bombardeo de Nueva York, en el caso de que fracasara el ataque al dique, no aguardaran a esta contingencia y marcharan derechas a soltar sus proyectiles sobre la gran población.

Amanecía cuando las dos escuadras llegaban a unos cincuenta kilómetros de la costa norteamericana. A la incierta luz de la aurora que apuntaba, la escuadra submarina se dispuso a lanzarse sobre el dique. Avanzaron primero los esturiones, protegidos por los buques torpedo, con objeto de explorar las cercanías de las dos extremidades del dique. Momentos después, se adelantaron los tiburones con sus poderosos explosivos preparados para la voladura.

Después no se sabe ya lo que pasó. Si alguien hubiese podido observar la superficie del mar habría visto levantarse bruscamente enormes ampollas de agua que se rompían en millones de burbujas. Y nada más.

Entretanto, la escuadra aérea se lanzó sobre Nue-

va York. Contaban con sorprender a la población en ese momento de dudosa luz en que el mundo real parece desvanecerse en el sueño recién abandonado. Pero algún mecanismo diabólico velaba el descanso de los neoyorquinos. Porque unos veinte kilómetros antes de llegar a la ciudad, todas las máquinas aéreas quedaron como presas en una invisible red. Flotando en el aire, quietas, permanecieron aún muchas horas. Y al fin fueron bajando suavemente y quedaron posadas sobre el mar. Toda resistencia era inútil. Las tripulaciones fueron hechas prisioneras y las máquinas conducidas a un puerto militar donde quedaron guardadas sin que ni los mismos neoyorquinos se hubieran enterado de la fracasada empresa.

Europa, ignorante aún de la catástrofe, había perdido su última esperanza.



CAPITULO VI

"MUCH ADO ABOUT NOTHING"



Europa no tuvo en bastante tiempo noticias directas del desastre. Fué más bien la falta absoluta de éstas la que acabó por hacer ver a los Gobiernos europeos la magnitud de la catástrofe. Los Estados Unidos habían callado cuidadosamente todo lo sucedido, con objeto de impedir manifestaciones de ningún género y en la convicción además de que la cosa no tenía ninguna importancia.

Con la indiferencia de las cosas fatales, los trabajos del dique seguían sin el menor contratiempo. Ya sólo faltaban unos diez kilómetros para el cierre. El Gulf Stream, como si presintiera su próxima muerte, rugía terriblemente y se esforzaba con violencia inaudita por pasar todo entero a través del estrecho boquete. Extraordinariamente resistentes tenían que ser los materiales empleados en la enorme pared. Y los

Estados Unidos se acreditaban con esta obra magnífica como los primeros ingenieros del mundo.

El cambio temido por los europeos se había iniciado, sin embargo. Imposibilitada la corriente del Golfo para pasar toda entera por el espacio cada vez más estrecho que iba dejando el avance de las dos extremidades del dique, había comenzado a escapar resbalando a lo largo de éste para pasar por delante de la Habana y meterse luego por el Estrecho de Yucatán. Pero no había adquirido aún fuerza bastante para reforzar la corriente ecuatorial del Norte y surtir los efectos esperados con respecto a la corriente del Labrador.

Tres días habían pasado desde aquel en que las últimas esperanzas de Europa quedaron sepultadas en las aguas de la Florida. Las multitudes esperaban ansiosamente a cada momento noticias de la expedición. Y las horas pasaban vacías, mudas, sin decir nada a tantos corazones angustiados por una espera cada vez más dolorosa. Los Gobiernos no sabían qué hacer. El silencio no podría ser mantenido mucho tiempo porque los pueblos acabarían por exigir que se les informase de lo sucedido. Confesar la verdad, por otra parte, era provocar una situación que podría ser el principio de la ruina de Europa. Decir a aquellos pueblos que ya no había remedio, que todo estaba perdido y era sólo cuestión de días el temido apartamiento del Gulf Stream equivalía a dar el grito

de "¡sálvese el que pueda!"

Mientras todo Europa aguardaba en una angustia creciente, los prisioneros de la escuadra aérea hechos por los norteamericanos se hallaban reclusos en una de las fortalezas de la República.

Un día, en la fortaleza de Cheboygan, paseaban cinco prisioneros por el patio, ante la puerta de la estación radiotelefónica del fuerte.

Un soldado norteamericano pasó junto al grupo.

—¡Eh, compañero—dijo uno de los prisioneros—, estaréis satisfechos de vuestra victoria!

—¡Psh!—repuso el soldado—no tiene importancia. Erais muy poca cosa para nosotros.

—Es que vosotros—replicó el prisionero que había hablado—hacéis lo que el cangrejo. No pensáis más que en comer o en ser comidos. Así parecéis tan grotescos con esas armaduras que os estáis discurrendo sin cesar.

El soldado miró al prisionero de alto a bajo y con un profundo desprecio dijo:

—¿Quién os ha autorizado para hablar de los norteamericanos en esa forma?

—¡El sentido común, hombre!—contestó el prisionero sonriendo irónicamente.

El soldado, herido en lo más vivo por el tono burión y los comentarios despreciativos de los otros prisioneros, no pudo contenerse y gritó descompuesto:

—¡Imbéciles europeos! No sé cómo me contengo

y no os aplasto como a sapos!

—¡Habría que verlo!—contestó el prisionero sin abandonar la sonrisa que tanto daño hacía al soldado.

El norteamericano, furioso, se precipitó sobre el prisionero, pero los compañeros de éste acudieron en su ayuda y el soldado lo hubiera pasado mal si en aquel momento, abriendo la puerta del departamento donde se hallaba instalada la estación radiotelefónica, no hubieran salido en socorro de él los empleados que en ella se encontraban. Entonces se trabó una lucha furiosa a puñetazos y patadas.

Uno de los prisioneros, deslizándose rápidamente, entró en la estación mientras los demás, en el calor de la refriega, iban llenándose de cardenales y arañazos.

Horas después, los pueblos europeos sabían a qué atenerse sobre lo ocurrido a sus dos escuadras. Del fuerte norteamericano de Cheboygan había llegado un mensaje concebido en estos términos:

“Submarinos destruídos. Máquinas aéreas prisioneras. Fracaso total.”

Un silencio de tumba se produjo en los primeros momentos. Luego, al llegar la reacción, comenzaron a iniciarse los trastornos que tanto temían los Gobiernos de los pueblos europeos.

En medio de una consternación general, algunos, los menos dueños de sí, lanzaban grandes voces anunciando el cataclismo inevitable.

—¡Todo es inútil ya!—decían—. ¡Europa perece!
¡A dónde iremos, Dios santo!

Los más serenos trataban de neutralizar el efecto desastroso de aquellas voces descompuestas.

—¡Que no está perdido todo!—replicaban—. Que aún no se ha cerrado el dique y sobre todo, que todavía está por ver si el cierre trae consigo la llegada a Europa de la corriente fría del Labrador!

Pero ellos mismos dudaban de la verdad de sus palabras tranquilizadoras.

A todo esto, empezaron a circular profecías hacía tiempo olvidadas. Se contaban las palabras de cierto monje del siglo XIX que había vaticinado el fin del mundo para el próximo siglo. La tradición, conservada entre las gentes del campo particularmente, de que ciertas señales que algunos habían observado predecían la aproximación del juicio final, hizo caer a los más timoratos en la creencia firme de que la terminación del mundo se acercaba. Empezaron a manifestarse casos agudos de terror que amenazaban arrastrar a todos a actos desesperados. Se resucitaron textos antiguos que referían los angustiosos incidentes del terror milenario y de la gran sequía que le acompañó y se vaticinaban idénticos males con la fatal transformación del régimen de lluvias que la desviación de la corriente ecuatorial del Norte había de traer.

Los Gobiernos se veían y se deseaban para contra-

restrar la creciente marea de locura que iba a dar en tierra con la vida de Europa. Recomendaban que se esperase hasta ver el resultado de la terminación del dique y anunciaban que, para el desgraciado caso de que los vaticinios anunciados se cumpliesen, se estaban tomando medidas encaminadas a habilitar los países africanos más adecuados para instalar en ellos a la población europea que ya no pudiera seguir viviendo en su país natal.

Esta política, con la cual los Gobiernos pensaban tranquilizar a las multitudes, produjo resultados contraproducentes. Olvidando la recomendación que se les hacía de esperar al cierre del Estrecho de la Florida, la gente no vió más que los esfuerzos de los Gobiernos por preparar albergue en otros países a los innumerables europeos que tendrían que emigrar. Pensó, pues, que todo estaba perdido y ya cada uno sólo se ocupó de salvarse del inminente peligro fuera como fuese.

Las máquinas aéreas hacían sus viajes repletas de fugitivos hasta los topes. Conseguir en ellas un puesto era tan difícil que sólo los dotados de buenos puños podían alcanzarlo. A cada momento se trababan verdaderas luchas que se reproducían luego al partir la máquina porque la gente se amontonaba y entraba en ella violentamente, teniendo que ser muchos expulsados por la fuerza. Los empleados eran secundados por los viajeros que habían conseguido

un puesto, defendido hasta el derramamiento de sangre. Se dieron bastantes casos de muertos habidos en estas disputas. También se veían con frecuencia máquinas que, sin poderlo evitar, transportaban sobre su techo, al exterior, racimos de viajeros que se habían colocado allí burlando la vigilancia de los empleados y con grave riesgo de su vida. Muchos llegaron helados o asfixiados después de atravesar las grandes alturas que las máquinas alcanzaban en sus viajes. Pero todo se prefería a quedarse en Europa a arrostrar los males previstos con la construcción del dique.

Los trenes dirigidos hacia Rusia y Asia, así como los que iban a Africa, iban también abarrotados de gente enloquecida. Unos marchaban al amparo de parientes o amigos establecidos en las colonias. Pero la mayoría no llevaba rumbo fijo. Su único pensamiento era salir de Europa, huir, escapar de la catástrofe. Como la velocidad, aunque grande comparada con la de los trenes de principios del siglo XX, era infinitamente menor que la de las máquinas aéreas, los ferrocarriles se empleaban generalmente para el transporte de mercancías pesadas y viajeros en pequeños recorridos. Así es que, con el deseo de salir cuanto antes de Europa y acostumbrados a la marcha rapidísima de las máquinas aéreas, los fugitivos se encolerizaban contra el personal del tren o bien un grupo de mujeres suplicaban gimiendo a los conduc-

tores forzaran sus motores para llegar cuanto antes a su destino.

Pero en realidad, nada justificaba aún este inmenso terror colectivo. Se trataba simplemente de un caso de pánico, tan poco razonable como todos los de este género, pero con el mismo poder contagioso que caracteriza a los movimientos de la muchedumbre.

Pronto se dieron cuenta los Gobiernos del peligro que entrañaba la libre salida de la población europea, que empezaba a huir llena de pavor. Y en el acto dieron órdenes suprimiendo en absoluto todos los servicios ferroviarios y aéreos extracontinentales. Lo mismo se hizo con los buques, cuya capacidad era sobrepasada excesivamente por el furioso deseo de escapar de los males que se habían anunciado.

Pero el mal estaba ya hecho. Como en un bosque incendiado el fuego salta de rama en rama, de tronco en tronco, por arriba, por abajo, por los lados, así un terror profundo iba comunicándose de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, invadiendo a Europa en una red de contagiosa locura.

A este extravío general contribuyeron sin quererlo algunos periódicos que, deseosos de obtener un éxito de información, reprodujeron viejos pasajes de historiadores que se habían ocupado de los terrores del año mil. En verdad, los periodistas se proponían tranquilizar a la población haciéndole ver que sus temores eran completamente infundados y que ya en

otros tiempos una parte de la Humanidad había pasado por situaciones semejantes, probándose más tarde lo poco razonable de los temores entonces reinantes. Mas los periodistas olvidaban que tenían que luchar con un sentimiento y que éste no puede combatirse con éxito por la reflexión y el razonamiento.

Un periódico de la mañana tuvo la imprudencia de reproducir el pasaje del Evangelio de San Lucas en el que Jesucristo indica a sus discípulos algunas señales de las que antecederán al juicio final:

“Y cuando oyereis guerras y sediciones, no os espanteis; porque es necesario que esto acontezca primero, mas no será luego el fin.”

“Entonces les decía: Se levantará gente contra gente, y reino contra reino.”

“Y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestilencias, y hambres, y habrá cosas espantosas, y grandes señales del cielo.”

Y más adelante:

“Y habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y en la tierra consternación de las gentes por la confusión que causará el ruido del mar y de sus ondas”.

“Quedando los hombres yertos por el temor y el recelo de las cosas, que sobrevendrán, a todo el universo; porque las virtudes de los cielos serán conmovidas;”

”Y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre

una nube con grande poder y majestad”.

”Cuando comenzaren pues a cumplirse estas cosas, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque está cerca vuestra redención”.

El periódico comentaba estas palabras diciendo que también en el año mil se habían aplicado a la situación para justificar el próximo fin del mundo. Pero que nada había sucedido y que ahora era de suponer que ocurriría lo mismo.

El daño, sin embargo, fué enorme. Sobre todo entre la población campesina, público preferente de los periódicos, la cita del pasaje de San Lucas acabó de trastornar los pocos espíritus que aún se esforzaban por permanecer serenos.

Las señales anunciadas por Jesucristo se veían cumplidas con la construcción del dique. Bien claramente lo había dicho el Mesías: ... “consternación de las gentes por la confusión que causará el ruido del mar y de sus ondas”. No era esto lo que iba a traer el dique de la Florida?

Otros periódicos recordaban algunos hechos acaecidos alrededor del año mil y que produjeron el famoso terror milenario. Aducían textos de un antiguo historiador, Charton, que contaba que en el año 997 la nieve cayó tan abundantemente que en varias provincias las cabañas de los siervos fueron sepultadas y los hombres perecieron con los rebaños.

Otros hablaban del hambre general que se apode-

ró de los pueblos en el milenio y de la peste que se desencadenó. El orden de las estaciones parecía haberse invertido y los elementos seguían leyes nuevas. La carne de los enfermos parecía herida por el fuego, se desprendía de los huesos y caía en podredumbre. Se desencadenó un hambre terrible. Algunos, desesperados, empezaron a devorar carne humana. Presentaban a los niños un huevo, una fruta y los atraían a sitios apartados para devorarlos.

Estas palabras imprudentes hicieron estragos. Donde primero se conoció su efecto fué en las actividades diarias de los pueblos. Absorbidas las gentes por el pensamiento de un próximo final, todo quedó paralizado: intereses, trabajos, diversiones. Aún los lazos de la sangre continuaban uniendo a los individuos de cada familia; pero fuera de este círculo restringido, cada uno era para otro un extraño, mejor aún, un rival que bien pronto se convertiría en enemigo mortal a la hora de disputarse lo que el próximo empobrecimiento de Europa quisiera dejar.

Mientras la gente del campo, más tarda en sus resoluciones, esperaba todavía, todos los habitantes de las grandes poblaciones procuraban escapar cuanto antes, utilizando cuantos medios de locomoción encontraban a su alcance. Los que poseían máquinas aéreas habían sido los primeros en partir. Miles de automóviles de todas clases avanzaban a lo largo de las bien cuidadas carreteras, atestados de hombres,

de mujeres, de niños, de ropas y de objetos valiosos. Frecuentemente se veían automóviles estropeados en alguna colisión. Otras gentes más pobres habían trabado una verdadera lucha por ocupar un lugar imposible en el carruaje lleno hasta los topes y despechados, lo habían inutilizado. Las gentes que iban en él lo rodeaban, desesperados los hombres, gimiendo las mujeres y llorando desconsoladamente los niños.

La obsesión de la huída había extraído de los sitios más escondidos los vehículos más inverosímiles. Antiguos coches de cuatro y de dos ruedas obstruían las carreteras e impedían el paso de los automóviles con cuyos conductores se trababan constantes disputas. Todos querían ir delante y creían que saliendo ellos los primeros aseguraban su vida.

Los Gobiernos intentaron al principio contener aquel torrente de fugitivos que se desparramaba por todo el continente. Pronto tuvieron que darse por vencidos en evitación de mayores males. Era de todo punto imposible ocupar todas las vías parecidas a ríos de gente enloquecida que no pensaba más que en huir a toda costa. Se colocaron fuertes guardias en los puntos por donde esas vías salían de Europa con objeto de impedir el paso de los fugitivos; pero las guardias fueron arrolladas por el alud de la multitud ciega de terror. Al mismo tiempo, los empleados de los Gobiernos que intentaban disuadir a las gentes puestas en camino eran desobedecidos y cuan-

do intentaban imponerse encontraban una resistencia furiosa llevada hasta el crimen. Hubo bastantes empleados muertos. Los Gobiernos decidieron entonces suspender toda prohibición de salida y esperar los acontecimientos, reducidos a la impotencia.

Pasaron así varios días. La huída de la población continuaba. Sólo en los medios rurales, donde la gente, más apegada a la tierra seguía esperando algo que no sabía explicar e imposibilitada, por otra parte, a causa de la falta de vehículos donde trasladarse rápidamente, para dejar sus hogares, se notaba una tranquilidad relativa. Pero un observador atento habría podido percibir claramente un desasosiego, un trastorno tan grande en los espíritus, que cualquier cosa hubiera bastado para provocar un pánico mayor aún que el que azotaba a la población de las ciudades. Además, la suspensión completa de todos los trabajos en vista de su inutilidad hacía parecerse a los pueblos a reos de muerte que esperan su sentencia. Latente, sordo, se percibía el rugir del volcán próximo a estallar de un momento a otro.

Al mes justo de la derrota europea las estaciones radiotelefónicas recogieron un mensaje que el Gobierno norteamericano dirigía a su pueblo. Sus palabras eran éstas:

“¡Ciudadanos norteamericanos! La voluntad de los Estados Unidos de América y su fuerza van a asombrar al mundo una vez más. La Tierra entera se do-

blega sumisa a nuestra gran República y obedece sin resistencia a nuestros ideales. El dique de la Florida será dentro de breves horas una realidad. Una vida más fácil y agradable para gran parte de los Estados Unidos será la consecuencia de nuestros propósitos invencibles. Vuestro Gobierno, en representación del pueblo entero, se asocia cordialmente a la alegría de tantos norteamericanos favorecidos por esta obra gigantesca y os pide que celebren dignamente esta proeza que acredita una vez más el innegable dominio del pueblo norteamericano sobre todo el planeta.”

El dique iba a cerrarse. Ya no cabía duda. Los europeos más recalcitrantes debían rendirse a la evidencia. Un estupor inmenso se adueñó de Europa al conocer este mensaje. Y lo temido sobrevino.

La población rural, desconfiada, a pesar de todo, en el éxito de la empresa yanqui, vió bruscamente la verdad. Y la catástrofe estalló.

Obsesionados con las palabras de los periódicos que se habían ocupado de los terrores del año mil, los campesinos, exagerando las cosas con la propensión innata en los entendimientos rudos, ya no pensaron en huir. El limitado horizonte de sus campos les hacía ver como imposible la continuación de su vida en otros países desconocidos y lejanos; pero bien pronto esta idea fué suplantada por la de que las calamidades que se avecinaban eran señales ciertas de un próximo fin del mundo. Fué inútil que algunos

más ilustrados quisieran traer las cosas a su justo término. Los campesinos empezaron a recordar eclipses ocurridos en los años anteriores y apariciones de cometas y a relacionar todo esto con las palabras de Jesucristo. Y ya nadie pensó en salir de Europa.

Como en el año mil, la gente empezó a reunirse en las iglesias. Se formaban procesiones y el pueblo iba en ellas con los pies desnudos y un dogal al cuello. Las procesiones, con las cruces y los estandartes a la cabeza, recorrían los campos. Ante cada cruz o ante cada Virgen se detenían y ante los calvarios se prosternaban, y clérigos y seglares entonaban juntos el *Miserere mei* y el *De profundis clamavi*.

Las campanas sonaban incesantemente. Su sonido resbalaba sobre las casas, se metía por puertas y ventanas, llenaba el pueblo de trágica tristeza e iba a perderse en los campos mudos, desiertos, indiferentes.

Por la noche, largas filas de penitentes vestidos con sacos informes atravesaban las calles a la sombría claridad de las antorchas funerarias entonando lúgubres cantos.

A medida que las horas pasaban la gente se amontonaba en las iglesias, en las ermitas, en todos los edificios consagrados a Dios y esperaba, transida de angustia, que las trompetas de los siete ángeles del juicio final resonaran en lo alto del cielo. La multitud se agolpaba cerca de las reliquias de los Santos

y permanecía allí esperando la señal de la última hora para morir al pie de la cruz. El pueblo entero, yacente y expirante, entonaba el *Miserere* en el estertor de la agonía.

Y el tiempo seguía su curso inexorable y cada nueva hora que pasaba traía un aumento de angustia sobre la anterior.

* * *

El dique estaba terminado. Cuba era ya una península y el Gulf Stream corría a lo largo de sus costas con ímpetu redoblado, hirviente y tumultuoso.

Era aquella una fecha de alegría para los Estados Unidos de América. Simplemente la realización del propósito perseguido constituía por sí sola un premio que levantaba hasta los cielos el orgullo norteamericano. Pero existía además la ya próxima satisfacción de un deseo hacía mucho tiempo perseguido y que resumía completamente las aspiraciones de aquel pueblo embargado por el deseo de la comodidad y del bien vivir. Ahora su parte más poblada sería un verdadero paraíso en el que la vida se deslizaría fácil y agradablemente. La vivaz influencia de un cielo más azul y más limpio, la libertad de movimientos en una atmósfera templada, el encanto de un campo confortado por la caricia cálida de la corriente ame-

ricana, iban a hacer de los Estados orientales el lugar apetecido para gozar de una existencia llena de confort y aureolada por la gloria de la omnipotente voluntad del pueblo más culto de la Tierra. El mismo trabajo resultaba grandemente favorecido con la mejora del clima, pues los organismos humanos, al ahorrarse el esfuerzo necesario para mantenerse a la temperatura normal, podían emplearlo en nuevas labores de creación.

El pueblo secundó, pues, con ardiente entusiasmo la indicación de su Gobierno. En todas las ciudades se organizaron diversas fiestas conmemorativas y se pusieron las primeras piedras de sendos monumentos que inmortalizaran la hazaña de Franklin. Todas las fiestas tenían un número común: una especie de conferencia en la que se historiaba la idea de construir el dique, los estudios realizados, los trabajos llevados a cabo en la construcción y las felices consecuencias que no tardarían en producirse en los Estados Unidos gracias a la venturosa terminación de la obra gigantesca. En algunas ciudades, el orador aludió a los trastornos que el dique ocasionaría a la vida europea:

“Nosotros sabíamos muy bien—argumentaba—que la construcción de ese dique realizado para inmortalizarnos estaba en pugna con los intereses de Europa. Pero decidme: ¿Podían los Estados Unidos de América desistir de una empresa semejante por la sola

consideración de que Europa iba a resultar perjudicada?"

Una multitud de voces interrumpía al orador:

—¡No! ¿Por qué? ¡Son demasiado viejos! ¡Los Estados Unidos por encima de todo!

—Vosotros representais el sentir del pueblo norteamericano y habéis contestado ya por mí. Pero hay un argumento de orden superior que justifica nuestra conducta. Si nosotros hubiésemos hecho caso de las demandas europeas el mundo hubiera perdido las excelencias de una vida más alta que no dejará de florecer en las regiones más favorecidas por la construcción del dique y en cambio Europa seguiría descendiendo cada vez más en el ocaso de su vida, a despecho de la benéfica influencia del Gulf Stream, que hasta ahora acaparaba exclusivamente. Es decir, que se habría operado una selección a la inversa: los mejores continuarían viviendo con la traba de un clima duro y los ya caducos estorbarían con su obstinación senil la ascensión clara y rápida de un pueblo que hoy no tiene rival en la Tierra".

—¡Si está clarísimo! ¡Es el Evangelio!—se oía decir entre el público.

—“Poneos ahora la mano en el corazón y decidme si no hemos obrado bien, con la profunda convicción del que actúa en beneficio de la Humanidad y si no hemos procedido justamente al rechazar convenientemente todas las tentativas europeas dirigidas a ma-

lograr esta obra magnífica cuya conmemoración nos reúne hoy aquí y cuyos frutos maravillosos no tardarán en afirmar definitivamente la gloria incuestionable de los Estados Unidos de América.”

Una tempestad de aplausos y de gritos de aprobación impedía al orador seguir hablando durante un buen rato.

Sobre el dique la fiesta fué sencilla. El Gobierno en pleno atravesó el istmo hasta Cuba, regresando luego a la Florida, como en señal de haber unido por el esfuerzo de su voluntad las dos tierras hasta entonces separadas. Se utilizó para ello la doble vía férrea que, a la vez que se construía el dique, se fué tendiendo para dejar establecida permanentemente la comunicación entre la Florida y Cuba. Y luego, sobre el mismo dique, el Gobierno otorgó a Franklin la merecida recompensa: una espléndida residencia cerca de Boston, población situada en la zona que iba a recibir los beneficios de la construcción del dique.

* * *

En medio del pánico espantoso que se había apoderado de Europa sólo sus Gobiernos permanecían serenos. Como el capitán de un buque en peligro, seguían dando órdenes y dispuestos a no abandonar sus puestos hasta que la crisis hubiera pasado o no

quedara ya nadie por salvar.

Habían pasado varios días desde aquel en que se cerró el dique. Mientras en los países europeos las multitudes se aplastaban por huir o esperaban la muerte transidas de angustia, las inmediaciones de las costas noruegas, inglesas, francesas e hispanoportuguesas eran sometidas a una escrupulosa observación. Multitud de barcos de los servicios meteorológicos tomaban las temperaturas del agua y del aire en los diversos puntos. También en tierra, en los innumerables observatorios sembrados por los distintos países, se realizaba un trabajo análogo. Los Gobiernos habían ordenado que se anotaran todos los cambios sobrevenidos desde la construcción del dique, en comparación con los datos de años anteriores en los mismos días.

Diariamente se recibían en la Presidencia del Gobierno inglés las observaciones tomadas en todas las zonas a que afectaba antes el Gulf Stream. Y a medida que pasaban los días, los gobernantes notaban sorprendidos que no se producía ninguna variación. La esperanza iba naciendo en ellos, pero no se atrevían a pensar aún en que los cálculos de los técnicos y la acción norteamericana pudieran venir a acabar en un fracaso rotundo.

También la fisonomía de Europa iba cambiando lentamente. Obedeciendo a esa invencible tendencia que todas las cosas tienen a su equilibrio, la alarma em-

pezaba a calmarse y la esperanza a renacer. Había pasado una semana y los cambios anunciados no aparecían por parte alguna. Los temperamentos más frívolos, que antes habían sido los primeros en alarmarse y darlo todo por perdido, alarmando a los demás, eran ahora los que, al ver que nada de lo previsto sucedía, iban pregonando que todo había sido un engaño y que el dique era una filfa. Esto y más que nada, la evidencia de que ningún cambio había tenido lugar después de la terminación del dique, comenzaron a ejercer su influjo sobre las muchedumbres y la huída desaforada y las manifestaciones de terror se redujeron.

Pasó todavía un mes. Al cabo de este tiempo los Gobiernos europeos anunciaron a sus pueblos que todo peligro había desaparecido. El clima de Europa no había cambiado lo más mínimo y las experiencias realizadas permitían afirmar rotundamente que las cosas seguían como antes. Las botellas lanzadas para determinar la dirección de la corriente cálida que se había querido desviar de Europa tomaban infaliblemente el mismo rumbo que antaño y las temperaturas del agua y del aire en la zona correspondiente al Gulf Stream eran las mismas que en otros tiempos. El Gulf Stream, fiel a su predilección por el viejo continente, seguía favoreciéndolo con la benéfica influencia de su calor, de sus nubes y de sus vientos.

Una alegría inmensa rebosó de las atormentadas

almas europeas. La salud tras el dolor, el día tras la noche, la fuente tras la sed, la luz tras las tinieblas de aquellos días espantosos en que todos sintieron agostadas o rotas sus vidas enteras. El cielo se había despejado y el trabajo volvía a reanudar su canción sana, alegre, llena de optimismo creador.

La estación radiotelefónica del Foreign Office, en Londres, transmitió a los Estados Unidos este mensaje:

“¡Norteamericanos! Tenéis una península más y os habeis acreditado como estupendos ingenieros. Pero habéis perdido la estimación de cuatrocientos millones de hombres y os habéis hecho odiosos a los historiadores imparciales. Dios, que seguramente aprecia las cosas mejor que vosotros, no ha permitido que Europa desaparezca aún, como era vuestro deseo. No os guardamos rencor y nos alegraremos de que tengais la resignación suficiente para vivir sin las comodidades con que soñabais os iba a traer la construcción de ese dique. ¡Paz y vida a todos!”

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO I	
La noticia	3
CAPÍTULO II	
El Gulf Stream se apresta a la defensa.	25
CAPÍTULO III	
Nace el dique	45
CAPÍTULO IV	
Contra viento y marea.	59
CAPÍTULO V	
La guerra, monstruo implacable....	90
CAPÍTULO VI	
«Much ado about nothing»	129





Precio: 2'75 pesetas

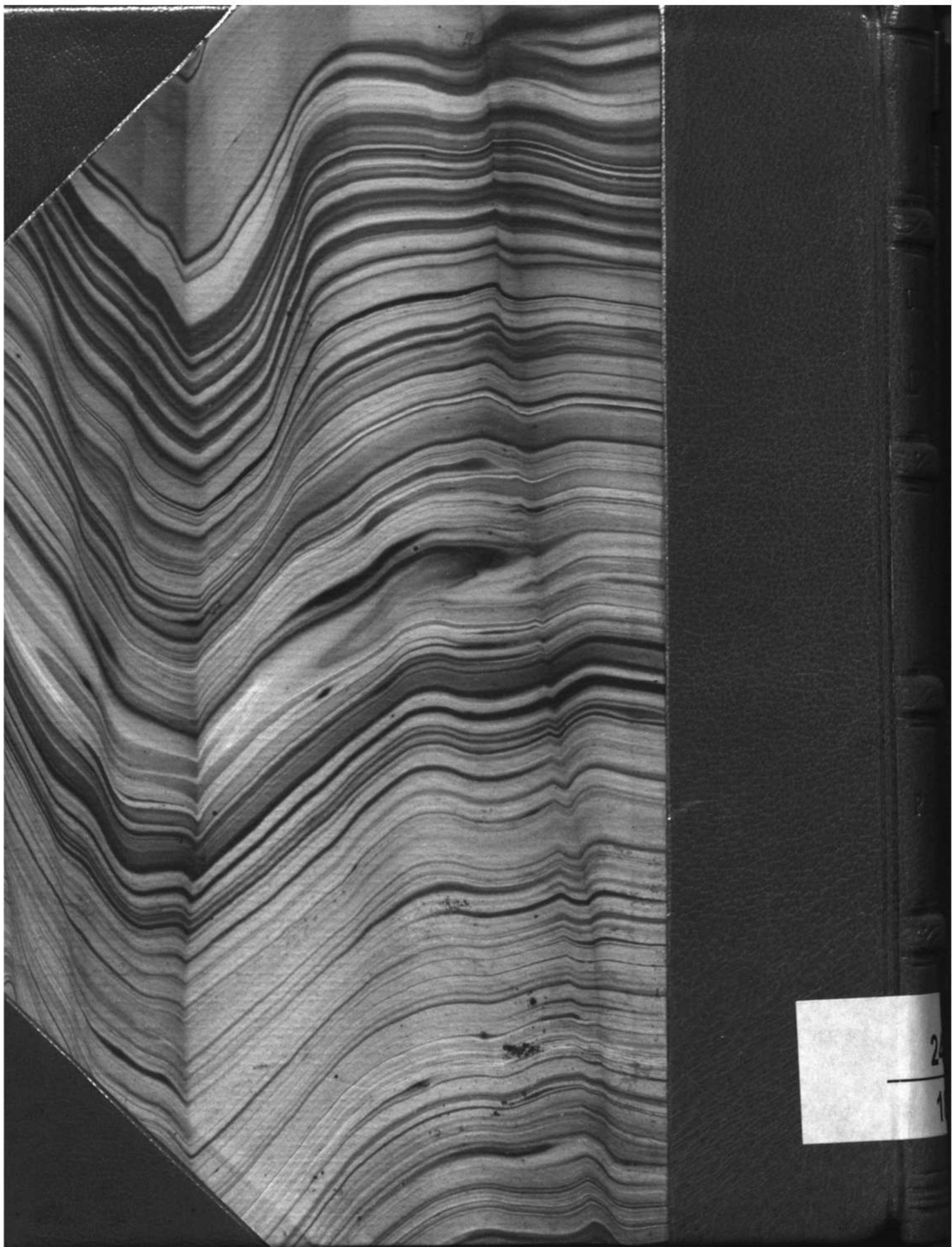












2
—
1

URABAYE
—
EL
DIQUE

FAMPILO
1924

24-2

189